Asteroide maldito

JOE BENNETT.



Joe Bennett

ASTEROIDE MALDITO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Sandro Warren.- Valiente capitán del D.E.I.
Forarn Ymo.- Patrullero dado por muerto.
Morgenston.- Médico del *Grupo Diamante*.
Clifford.- Astrobiólogo, »
Donald.- Botánico, »
Edwards.- Geólogo, »
Lawrence.- Ingeniero, »
Charlie Falk.- Teniente, »
Whitman.- Sargento, »
Rita Ley.- Intérprete, »
Andy Nogler, Damon Strong, Barrie.- Técnicos aéreos.
Darriven H. Colvin.- Sabio genético.
Koppausen, Tomex, Marlo, Gordon,Winson, Ghiglider.- Colaboradores del profesor Colvin.

PRINTED IN SPAIN



CAPÍTULO I
PEQUEÑA VICTORIA

La amenaza de aquella noche plagada de incertidumbres había pasado. Al restablecerse el funcionamiento de los generadores, señal evidente de que las ondas paralizadoras enemigas dejaron de actuar sobre ellos, la luz volvió a iluminar las dependencias del campamento y los miembros del *Grupo Diamante* hicieron patentes demostraciones de alegría.

¡Eran los vencedores! Los extraños visitantes radiodirigidos de Fymo no pudieron conseguir el objetivo propuesto. Y esta victoria, tras las oscuras jornadas de intrincados enigmas, significaba mucho en el corazón de todos los terrestres y les infundía enorme confianza en sí mismos, en sus medios defensivos y, especialmente, en la capacidad organizadora de Sandro Warren.

El gigantesco robot hipnótico seguía cautivo en la trampa dispuesta para atraparle y sus esfuerzos para escapar fracasaron sistemáticamente. ¡La luz! Una linterna esgrimida por el ingeniero Lawrence -el arma más sencilla que alguien se haya atrevido a imaginar- bastaba para hacerle

retroceder a cada nuevo intento. El astrobiólogo Clifford expuso certeramente su conclusión, puesto que tratándose de una máquina perfecta, dotada de reacciones ultrasensibles y precisas, en cuyo cerebro positrónico se inculcó la idea de que las sombras eran el ambiente para el ataque, los resplandores luminosos lo hacían huir horrorizado. Carecía de defensa contra el brillante haz. No podía actuar libremente. Una luz de pila, enfocando su hipnótico ojo electrónico, bastaba para desconcertarle. ¡Extraordinario... pero cierto! Allí estaban los patentes y aún incomprensibles resultados, que atestiguaban la sorprendente verdad[1].

Sandro, Rita Ley y Clifford, precedidos por el alborozado teniente Charlie Falk, se encaminaron enseguida al cuerpo de guardia, animados por el incontenible deseo de presenciar las reacciones del prisionero. A su espalda quedaron los retorcidos despojos del otro robot destruido por las balas atómicas de Clifford, cuando pretendía raptar al capitán y la bellísima intérprete del D.E.I. (Departamento de Exploraciones Interplanetarias). La cantina, el almacén y el propio cuerpo de guardia, los edificios mejor iluminados del campamento, destacaban en la noche y hacían más diáfana la niebla nocturna al atravesarla con los resplandores que escapaban de las ventanas reforzadas con gruesos barrotes de inalterable *Molek*.

Antes de llegar a la casa, Donald y el geólogo Edwards salieron al exterior, posiblemente impacientes por su tardanza y dispuestos a iniciar la búsqueda de sus amigos. A ambos se les notó el alivio, visible pese a sus esfuerzos, que experimentaron al verles sanos y salvos. Enseguida empezaron con las preguntas y Sandro, como sin dar importancia a los hechos, les relató en pocas palabras la aventura corrida.

-Habéis estado a un paso de la muerte -comentó Donald seriamente-. Lo siento, Clifford. Creía que obrabas como un chiquillo al abandonarnos para ir en su busca y ahora comprendo que gracias a tu corazonada el *Grupo Diamante* sigue conservando a su capitán.

-¡Mutaciones terrestres! -exclamó el astrobiólogo con su peculiar vehemencia-. ¡Ya te dije que Sandro necesitaba mi ayuda! Fue un presentimiento demasiado claro para no acudir al instante. Debías haberlos visto. Él y Rita estaban paralizados delante del robot... ¡y obedecían a sus instrucciones telepatohipnóticas sin la menor objeción!

-Carecíamos de voluntad -dijo Sandro-. Quise llevar mi experiencia excesivamente lejos. Clifford se ha ganado una medalla. Tendré que concedérsela.

-Déjate de mofas -gruñó Clifford-. ¡Polímeros sicalípticos! Lo cierto es que si dura medio minuto más mi vacilación, el maldito autómata nos captura a los tres.

-Gracias a Dios podemos contarlo -musitó Rita Ley-. No creí despertar jamás de tan espantosa pesadilla.

-Pero hemos despertado, seguirnos vivos y ahora poseemos uno de los instrumentos que pretendían emplear contra nosotros. ¿Qué esperamos, Sandro? ¡Me muero de impaciencia por verle a la luz de los focos eléctricos!

-Adelante, amigos -sonrió el capitán-. La fiesta sigue... hasta que dure la noche. Mañana pondremos en claro las impresiones y trazaremos un vasto plan de acción. Ya sabemos que la tranquilidad impera en Fymo durante el día. Disponemos de tiempo para atajar su próxima incursión... la cual no será nada pacífica según espero.

Los tubos resplandecientes inundaban de luz el interior de la casa. Andy Nogler, Damon Strong, Lawrence y varios soldados les dieron la bienvenida y rodearon al teniente Falk, que les puso al corriente del episodio vivido poco antes por los tres camaradas. Sin más dilaciones, Edwards y Donald les condujeron a la parte posterior del cuerpo de guardia, donde había sido abierto el pozo de fondo adherente preparado para servir de trampa. Los soldados Clark y Steve, autores materiales de la captura, también se hallaban presentes y saludaron a Sandro con respetuosa alegría.

El robot se veía allí, con más de medio cuerpo aflorando por el borde, sumido en extraña inmovilidad. Sandro y Rita, que podían hablar con conocimiento de causa después de haber experimentado en carne propia su tremenda capacidad hipnótica, lo encontraron grotescamente burlón. Nada en él denotaba vida. Era, simplemente, un servomecanismo gigantesco, desmesurado, pero carente de las energías que le proporcionaban las ondas de control remoto.

Mientras se despojaba del yelmo respiratorio y las gafas antiinvisibles *zulgen*, estuvieron contemplándolo con una mezcla de curiosidad y compasión. Era bello, potente, bien terminado... pero tan inútil en aquellas circunstancias como un cohete espacial carente del combustible isotópico.

-No ha vuelto a moverse desde que llegó el fluido eléctrico -apuntó el soldado Clark-. La luz debe ser algo maléfico para estas máquinas, capitán.

-Va en contra de las órdenes impresas en su cerebro artificial -contestó Sandro-. Pero hay algo más. La corriente volvió una vez los neutralizadores dejaron de actuar sobre la central de energía, lo cual es tanto como decir que la astronave o el vehículo desconocido que sirvió para transportar a los robots hasta el bosque carbonífero, se alejó. Resulta lógica su inmovilidad, puesto que las ondas generadoras desde su aparato ya no llegan a la máquina.

-Voy a comprobarlo -dijo Lawrence-. He visto un medidor *Unítico* ahí fuera.

La pasta adhesiva que ocupaba el fondo del pozo -un compuesto químico de pegajosa consistencia- había acabado por solidificarse de tal

forma que sólo empleando desintegrantes especiales podrían liberar las patas del monstruo. El color oscuro de las superficies ferroplásticas, libres del halo invisible producido en torno, poseía ahora un tono platinado, aunque seguía carente de brillo. Los hombres se acercaron al borde del pozo y contemplaron con atención al robot. Tenía los brazos semidoblados, con los dedos extendidos, dejando al descubierto las protuberancias o papilas gomosas. La cabeza, antes temible, no poseía ahora el menor destello de lo que en robótica se conoce por *vivencia*. Los cuernecillos de naturaleza oxiluciférica no dejaban entrever luminiscencia alguna, ni nada semejante a la particular fosforescencia que tanto intrigó al joven. El ojo electrónico, vacuo y apagado, se mantenía verde, reflejando el resplandor de la luz eléctrica, pero igualmente *muerto*.

Lawrence no tardó en llegar y enfocó el objetivo catalizador del *Unítico* sobre el autómata. Lo puso en funcionamiento y las antenas registradoras chispearon en falso. Después de recorrer pacientemente cada pulgada de superficie, el ingeniero emitió su veredicto con una sola palabra.

-Nada -dijo.

-¿Es inofensivo?

-Sí, capitán. O mejor dicho, está inofensivo. Este monigote es ahora un simple armazón... del que bien poco podremos sacar en limpio.

-Desmontaremos su cabeza y examinaremos su construcción en el laboratorio -apuntó Edwards-. Por lo menos descubriremos el origen de sus funciones. Desde un punto de vista mecánico no deja de tener interés.

-Pero lo que Sandro quería averiguar era su procedencia -intervino Donald-. ¿No es así?

-En efecto.

-¡Cráteres lunares! Es exactamente lo que a mí me interesaba también -estalló Clifford cerrando los puños-. ¿Dónde está su ciudad o cuartel general? ¿Por qué tienen semejante empeño en raptarnos? ¿Qué ha sido de nuestros amigos perdidos? ¿Cómo se las ingenian para conseguir que los relojes de control desaparezcan del planetoide? ¿Por qué...?

-Un momento -atajó Sandro.

-¿Qué ocurre?

-Estoy pensando en una cosa... interesante.

-¿Cuál?

-Dígame, Rita -dijo volviéndose hacia la muchacha-. Usted presenció cómo me inmovilizaba y se adueñaba de mi voluntad.

-Sí, capitán.

-¿No hizo nada para apoderarse de mi reloj de control?

-Nada.

-Tampoco se preocupó del de Rita Ley -añadió Clifford-; yo asistí a la escena. Quizá se desprendan de ellos una vez en la astronave... o los

destruyan por procedimientos mejores que la desintegración a fin de no dejar el menor vestigio.

-Es posible -meditó Sandro-, El control general dice que la línea emitida por el reloj está vacía. No creo en la destrucción. Pero hay algo cierto en todo esto.

-¿Y bien? -alentó Donald.

-No son los robots quienes lo hacen. Yo presiento la mano de un hombre en esta operación.

-¿Terrestres? ¿Qué te hace creerlo así?

Sandro iba a exponer sus razones, cuando un nuevo personaje muy apreciado por todos hizo su entrada en la estancia. Era el doctor Morgenston, en cuyo rostro se combinaba una curiosa combinación de alegría, inquietud y sorpresa.

-¡Sandro, muchacho! ¡Charlie Falk acaba de referirme la aventura! ¿Cómo fuiste tan loco? ¡Te hubiese podido suceder lo mismo que al soldado Lincoln!

-Tenía que probar -replicó el joven riendo.

-¿Y usted, Rita? ¿Ya se ha tranquilizado del todo?

-Sí, doctor. Gracias.

-¡No sabe el susto que me he llevado! Vine hacia aquí nada más que se encendieron las luces y escuché a los soldados comentando su lucha con un robot.

-Fue Clifford -aclaró Sandro-. Ahí lo tienes, todo en una pieza. Oye, Morgenston: ¿Opinas que debemos premiarle con una medalla?

-Sería justo.

-Basta de tonterías -rezongó Clifford-. Al primero que vuelva a hablarme de medallas le voy a decir un par de cosas desagradables. ¿Es que la habéis tomado conmigo?

-No te excites, héroe -ironizó Morgenston, recobrando su jovialidad-. Un poco de burla no va mal después de la angustia que hemos vivido. ¿Qué tal el visitante? -preguntó señalando al prisionero servomecánico-. Parece bastante silencioso.

-No da señales de vida. Lawrence dice que es un trasto inútil. Me lo explico, teniendo en cuenta que las ondas de teledirección no alimentan su sistema motriz.

-¿Y qué piensas hacer después de esto?

-Lo desarmaremos pieza por pieza. Algo sacaremos en claro. Por poco que sea, siempre resultará mejor que la ignorancia completa.

-Así pues, seguimos ignorando el punto desde donde salen los ataques, ¿verdad?

-De momento, sí. Pero creo que hay un medio de averiguarlo.

-¿Cuál? -preguntaron Edwards, Donald y Clifford al mismo tiempo.

-Amigos -contestó Sandro ofreciendo a todos su contagiosa sonrisa-. ¿Habéis perdido la facultad de pensar? Lo averiguaremos del mismo modo que impedimos sus incursiones por sorpresa.

-¡Radioactividad! -adivinó Rita Ley.

-¡Bravo, muchacha! -asintió Morgenston-. Acaba de dar en el blanco. ¿Es así, Sandro?

-Desde luego. Pensad una cosa. Los soldados del cinturón de vigilancia advirtieron la presencia de robots gracias a los *Radiotak*. Después llegaron a verles valiéndose de las gafas *zulgen*. Muy bien. Pero los avisos transmitidos al cuerpo de guardia se enviaron desde puntos distintos... y alejados entre sí. Eso significa que eran varios los visitantes nocturnos. Otra cosa.

Los presentes escuchaban al capitán en completo silencio. Sandro, razonando a medida que hablaba, agregó:

-Nosotros poseemos la prueba cierta de haber dado muerte a uno. Steve y Clark atraparon a otro. Sin embargo... ¿quién puede decir con certeza que fueron dos los intrusos?

-Indudable. Bien pudieron ser tres.

-O cuatro, Donald. O cinco. ¡Tal vez más! Lo ignoramos. Basémonos en los hechos conocidos. La concentración radioactiva contaminó a cuantos atravesaron las cercas de *ferrocobrem*. Supongamos, sólo a título de hipótesis, que fueron tres. Del trío mecánico dos quedaron inutilizados y en la nave de Fymo, como es lógico, lo advirtieron en el acto. Quedaba el tercero y éste recibió la orden de regresar. Una vez a bordo, cerraron los neutralizadores y emprendieron el vuelo. Conforme.

-¡Pero el superviviente está saturado de radioactividad!

-¡A eso quería llegar, Morgenston! -exclamó Sandro con énfasis-. ¡La radioactividad! Se trate de un autómata o más, lo cierto es que las ondas radioactivas están actuando en el interior del vehículo alado. Si todos son mecánicos, no les producirá el menor daño, porque la concentración radioactiva fue atenuada con *gelotalco* y sales absorbentes. De existir seres orgánicos, la muerte se presentará en un período no superior a tres días a menos que sus adelantos médicos estén infinitamente más avanzados que los nuestros. Sigamos exponiendo el caso. La supervivencia radioactiva no cesa, excepto en el caso de que ellos puedan aplicar un proceso de dispersión nuclear adecuado y nebulicen la concentración hasta reducirla a gases atmosféricos. La radioactividad originará quemaduras y los contaminados, a su vez, extenderán el mal. Sólo las máquinas quedan ilesas.

-¡La plaga puede acabar con todos los habitantes de su cuartel general!

-Hay que pensar en que se darán cuenta y atajarán el peligro, Clifford. Eso, al menos, es lo que espero. No deseo el exterminio de los seres

inteligentes de Fymo. Lo que trato de demostrar es un hecho consumado: ¡Nuestros contadores seguirán el rastro y pueden localizar su escondrijo!

-Sandro... ¡esa es la mejor noticia que he oído en los últimos meses!

-Ojalá dé resultado. A partir de mañana, iniciaremos las exploraciones. Os pido, de antemano, paciencia y confianza. Tal vez necesitemos mucho tiempo... y todo depende del lugar donde se halle enclavada la ciudad. Por lo pronto, contamos con una débil esperanza a nuestro favor: Esta pequeña victoria. La concentración radioactiva seguirá igual, de modo -que queda terminantemente prohibido desprenderse de los trajes protectores. Cada noche que vengan recogerán más y más polvo radioactivo y cuando lleguen a su base, nuevos robots contagiarán a cuantos se aproximen a ellos. Dentro de algunas semanas, naves, máquinas y habitantes desprenderán radiaciones. Surgirán enfermedades y la propagación se hará mayor. Entonces no sólo contaremos con la débil esperanza actual. Las posibilidades de encontrar su lugar de origen se habrán multiplicado por cien.

-Una pregunta -intervino Lawrence.

-Diga, ingeniero.

-Esos individuos son muy listos. No me refiero a los autómatas, claro, sino a quienes los construyen. Suponga que advierten enseguida lo que pasa y se dedican a limpiar todo lo contaminado. ¿Qué recurso nos queda, capitán?

Sandro se alzó de hombros.

-Uno muy sencillo. Admitir que hemos perdido el tiempo.

-Seguiremos atascados -masculló Clifford.

-Nos hemos arriesgado a emplear la radioactividad, amigos, y lo mismo puede favorecemos que dejarnos igual que antes. Aguardemos los resultados con optimismo. Yo creo que han de ser muy agudos para advertirlo antes de que la nave llegue a su destino.

Se hizo un breve silencio, el cual fue roto por la entrada del teniente Falk. Saludó a Sandro y preguntó:

-Los soldados de la guardia esperan instrucciones, señor. ¿Cuáles son las órdenes?

-Mande un relevo a los puestos y que se retiren a descansar los vigilantes actuales. Las órdenes son las mismas mientras dure la noche. Permanecerán los trajes antirradioactivos, gafas *zulgen* y contadores *Radiotak*. Cuando el sol vuelva a lucir en el asteroide, ya decidiré lo más conveniente.

-¿Hay algo nuevo sobre el robot?

-Nada, Charlie. Puede retirarse.

-¡A sus órdenes!

Sandro dirigió los ojos a Lawrence, que se aproximó a él atendiendo a

la muda demanda.

-Dejo en sus manos el trabajo de desmontar la máquina. Solicite cuantos hombres le hagan falta. Quiero un informe completo lo antes posible.

-Así lo haré.

-De acuerdo. Creo que los demás pueden ir a sus alojamientos para tratar de dormir un poco. El resto de la noche será tranquilo.

Uniendo la acción a la palabra, dirigió una última ojeada al inmóvil autómata y se encaminó hacia la salida. Edwards, Donald y el impaciente Clifford se ofrecieron voluntarios para colaborar con Lawrence en el desajuste de la superficie ferroplástica, así como el estudio del complejo cerebro positrónico. Morgenston y Rita Ley salieron en pos de Sandro. Nadie podía imaginar lo que sucedería algunas horas después. Quizá porque era tan increíble que no tenía cabida en sus mentes.

CAPÍTULO II
EL RENEGADO

El ciclo diario en Fymo poseía una duración equivalente a 46 horas terrestres. Su extraordinario alejamiento del Sol, que brillaba muy pequeño en el cielo, y la lentitud con que ejecutaba los movimientos de rotación y traslación originaban tan sensible diferencia con respecto al Tercer Planeta o mundo de los humanos. Sin embargo, el espectáculo celeste desde la superficie del asteroide no ofrecía variaciones apreciables desde el punto de vista visual. El cielo se mantenía negro día y noche, poblado de estrellas que brillaban intensamente, resaltando en él Marte y Júpiter, rodeados por el cortejo luminoso de sus lunas. Era un escenario tan fantástico y magnífico que no dejaba jamás de impresionar a la persona poco avezada en los viajes interespaciales.

Sandro, como los hombres de vigilancia del Grupo Diamante, había pasado casi toda la noche en vela y el cansancio, unido a las emociones vividas, le sumió en un sueño pesado cuya duración fue superior a lo normal. Primero, Sandro se vio obligado a esperar los acontecimientos. Luego, al producirse la alarma, aumentó la tensión emocional y corrió la gran aventura junto a Rita Ley. Después, una vez resuelta la situación favorablemente al enfrentarse con el robot hipnótico, vivió los últimos momentos de incertidumbre y meditó activamente sobre las posibles derivaciones que la captura del otro autómata podría originar.

Por todo ello, se hallaba totalmente agotado cuando regresó a su alojamiento y volvió a meterse dentro del saco climatizado. Creyó que se despertaría antes de que amaneciese, pero el sueño le venció por completo y durmió de un tirón todo el resto del período nocturno.

Nadie acudió a despertarlo, puesto que los encargados de investigar en el robot aún carecían de noticias que ofrecerle y, por otra parte, comprendían que el capitán necesitaba reponer fuerzas con mayor motivo que nadie. La aventura de la que fue voluntario protagonista nunca se borraría de su memoria y aunque él había logrado sobreponerse con envidiable espíritu, era obvio que la impresión sufrida debía ser totalmente eliminada mediante el descanso. Rita Ley, físicamente muy inferior a él, estuvo desazonada y fue víctima de continuas pesadillas, viéndose finalmente obligada a recurrir a un somnífero para conciliar el sueño.

Cuando Sandro abrió los ojos y se incorporó en el lecho, otra vez convertido en un hombre batallador y libre del lastre producido por la fatiga, el cielo seguía tan negro como de costumbre, animado por los incontables puntitos brillantes que correspondían a otros tantos cuerpos celestes, pero en Fymo imperaba ya el día. A través de la ventana vio las mesetas erosionadas y el vegetal desparramamiento del bosque carbonífero.

Del exterior llegaba el característico ruido de la vida en el campamento y el lejano Sol, achicharrando la corteza terrestre casi privada del filtro atenuante de la atmósfera, elevaba la temperatura a la categoría de infernal, contrastando poderosamente con los fríos rigores nocturnos.

Se sentía igual que si hubiese estado durmiendo un año entero, tal era la agradable sensación de descanso que le animaba. Su habitual naturaleza inquieta le obligó a saltar de la cama y dio comienzo a sus abluciones matinales silbando entre dientes. Acababa de terminar su aseo personal, cuando zumbó el telecomunicador interior. Bajó la palanca y contestó:

-Al habla el capitán Warren.

-Buenos días, Sandro -saludó una voz familiar mientras en la pantalla se proyectaba el rostro de Donald-. ¿Qué tal esa siestecita?

-De primera. Me siento tan juguetón como una criatura de seis meses. ¿Hay algo nuevo, Donald?

-Sí.

-¿Qué habéis sacado en claro del robot?

-No me refiero precisamente al robot. Lawrence y los demás siguen desmontando piezas y sometiéndolas a examen. Hasta ahora no hemos averiguado nada revelador, excepto la precisión y eficacia con que han sido construidas sus partes esenciales. El cerebro positrónico es una verdadera maravilla. La disposición articulada de sus miembros ingeniosa y el funcionamiento general ha de responder con exactitud inusitada. Aunque sólo fuese por este hallazgo mecánico, valía la pena haber hecho el viaje desde la Base Lunar.

-Lo pondré en conocimiento del coronel Morrow cuando transmita en cadena mi informe diario -dijo Sandro-. ¿Qué otra cosa has de comunicarme?

-Se trata del sistema radárico -replicó el botánico con especial entonación-. Barrie llamó al cuerpo de guardia creyendo que tú estabas allí y Charlie Falk pasó la telecomunicación al laboratorio. Yo me hice cargo de la noticia.

-Bueno. Suéltala de una vez.

-¡Acaba de localizar la presencia de un cuerpo extraño!

-¡No!

-Sí, muchacho. Y lo que es más sorprendente... ¡en pleno día!

Sandro se pellizcó la barbilla reflexivamente.

-Por eso lo creía imposible -manifestó-. Hasta ahora todos los descubrimientos radáricos han acaecido durante la noche... y casi enseguida se produjo el paro de los generadores. ¿Lo habéis comprobado?

-Sí. El sargento Whitman se ocupó de ello. Siguen funcionando.

-Es raro... Pero tienes razón, puesto que los telecomunicadores nos permiten hablar -musitó Sandro-. ¿Cuáles son las características?

-Las mismas de siempre. El volumen y la proximidad no han variado. Cualquiera diría que se trata de la astronave empleada para trasladar los robots.

-¿Dónde está radicada?

-En el bosque carbonífero.

-¡El lugar que suponemos emplean para aterrizar!

-¿Crees que se trata de los habitantes de Fymo, ¿verdad?

-No tengo la menor duda. Quizá pretendan repetir su frustrado ataque de anoche... y esta noticia es un buen desayuno para comenzar el nuevo día. Todavía no sé qué pensar, Donald. Este descubrimiento echa por los suelos algunas de nuestras teorías. Al parecer, las máquinas hablan sido diseñadas para atacar a favor de la oscuridad, lo cual quedaba demostrado por sus anteriores visitas, siempre nocturnas. Hasta ahí va bien la cosa. Sin embargo...

-Prosigue -alentó Donald-. No me gusta tu cara de preocupación.

-Lo cierto es que se han atrevido a venir de día, a pleno sol... ¡Y no hacen nada por inutilizar nuestras defensas! Aún no acierto a comprender la razón. Por si acaso, estaremos prevenidos y volveremos a detectarles nada más crucen la concentración radioactiva. Ponte en comunicación con Barrie y que calcule todo lo concerniente al objeto descubierto por los aparatos radáricos. Quiero saber su tamaño, forma y velocidad de marcha. Que dispongan un par de cohetes para salir enseguida a su encuentro... ¡armados al máximo! Si lo que buscan es batalla les daremos gusto. Me reuniré con vosotros nada más termine de vestirme. Dad la señal de alarma y que todo el personal franco de servicio deje de circular por el campamento.

-De acuerdo, Sandro. ¿Algo más?

-Avisadme si hay novedades. Tardaré menos de diez minutos en estar listo... pero en ese tiempo pueden ocurrir muchas cosas.

-Así lo haré. Hasta luego.

-Adiós, Donald.

Warren cerró la comunicación y procedió a vestirse con rapidez. ¡Estaba excitado por la noticia! Después del tiempo que llevaban establecidos en Fymo y la infinidad de deducciones sacadas, le resultaba desconcertante aquella tentativa de aproximación diurna. La linterna esgrimida por el ingeniero había demostrado que los robots retrocedían ante la luz. ¿Cómo, pues, se atrevían a intentar una incursión en el territorio dominado por la brillante influencia solar? Existía una respuesta para aquella pregunta. Una sola respuesta: ¡No debía tratarse de autómatas! Pero si no eran máquinas los ocupantes de la nave enemiga...

Otro dilema, pensó. Aunque éste lo era sólo de forma parcial. Podía llevar en su interior seres extragalácticos, los verdaderos habitantes inteligentes del asteroide, quienes, naturalmente, no sentirían el menor

escrúpulo en dejarse bañar por los rayos solares. ¡Ojalá fuese así, porque al fin tendría la ansiada oportunidad de contemplarles! Debía tratarse de monstruosas criaturas, asombrosamente *grandes para poder vivir en el reducido mundo*, tal vez agresivas...

Se ajustó el traje antirradioactivo y alcanzó el *Radiotak*. Estuvo dudando entre coger las gafas *zulgen* o dejarlas, aunque finalmente optó por meterlas en el bolsillo porque tal vez podían serle de utilidad. No creía que los engendros de Fymo se atreviesen a adoptar la invisibilidad después del rotundo fracaso sufrido la noche anterior. De todas formas -aunque lo hiciesen- podrían localizarles en virtud de las emanaciones radioactivas. Tomó el revólver atómico y procedió a colocarse el yelmo respiratorio. Aún no había metido la cabeza en el orificio cuando alguien llamó en la puerta del cuarto. La llamada fue apremiante. Casi imperativa.

Si la ansiedad por descifrar aquella nueva situación creada no hubiese sido tan intensa, es posible que Sandro hubiera obrado en forma distinta. Echó una ojeada por la ventana y vio el azul uniforme de un soldado del Departamento de Exploraciones Interplaneterias. Pensó que algo importante acababa de ocurrir y Donald o Charlie Falk, lo enviaban para informarle. Debió tener en cuenta un detalle significativo: El característico uniforme de los exploradores espaciales. Desde que dispusieron el espolvoreado radioactivo en tomo al campamento nadie transitó por él desprovisto del yelmo protector. Pero el subconsciente de Sandro no asoció el brillante azul de la tela a la inminencia del peligro.

-Pase -autorizó-. Está abierto.

Giró el picaporte y el soldado se introdujo en el cuarto casi de un salto. Sandro no esperaba tamaña brusquedad y empezó a fruncir el entrecejo. El frunce se hizo mayor al ver su cara pálida, azulada en torno a los ojos, y el rictus duro que crispaba su boca. Sólo entonces descubrió las altas botas, las divisas de patrullero espacial y el yelmo plateado que protegía su cabeza como una gran pecera. ¿Nuevo? No obstante, había, algo vagamente familiar en su figura, conocido, que le traía a la memoria lejanos recuerdos profundamente imprecisos. Borrosos. Llenos de incógnitas.

-Oiga... -dijo.

Aquel hombre ejecutó un movimiento rapidísimo y desenfundó el arma de reglamento, cuya ancha boca quedó firmemente apuntada a su pecho.

-¡Es mejor que no te muevas, Sandro! -amenazó-. ¡La usaré al menor ademán defensivo!

Sandro Warren quedó petrificado por el estupor. ¡Aquella voz! Durante unos segundos fue incapaz de coordinar, de razonar nada comprensible, igual que si la tremenda impresión sufrida le hubiese desquiciado el cerebro. Dando un paso hacia atrás, aturdido por la revelación y medio loco por la sorpresa, gritó:

-¡Foran Ymo!

-El mismo, Sandro. Pero eso no cambia las cosas. Considérate mi prisionero.

¡Qué indescriptible pasmo el que se apoderó del joven capitán! Todo lo esperaba, incluso lo más absurdo, pero no aquello[2]. Tal vez porque no se detuvo a pensar que lo más absurdo era la resurrección de su camarada de la infancia. Si en aquel momento alguien le hubiese exigido plantear sus ideas de forma coherente, no le hubiese sido posible hacerlo. La confusión, la estupefacción y el más insospechado desbarajuste se adueñaron de él, inmovilizándole como bajo la acción de rayos anestésicos. Foran, el viejo amigo, el compatriota de Michigan... ¡vivo y apuntándole con un revólver atómico!

-Foran Ymo... -repitió en un susurro-. ¿Qué han hecho de ti, muchacho? ¿No me recuerdas?

-Sí. Te recuerdo, Sandro. Sé muy bien lo peligroso que eres y la abundancia de trucos que empleas. Pero en esta ocasión no podrás vencerme. Eres mi prisionero... y me seguirás donde te lleve.

-Hablemos con calma -pidió el capitán, reponiéndose de la sorpresa y comenzando a pensar con lucidez-. Creo que no estás en tus cabales al comportarte de modo semejante. Enfunda el revólver y aclararemos las cosas. Puedes contar con mi ayuda en cuanto necesites.

-No necesito nada. ¿Entiendes? Nada.

-Guarda el revólver -conminó Sandro-. ¡Es una orden, patrullero Foran Ymo!

-Una orden -se mofó el ex-soldado tras lanzar una risita irónica-. ¿Supones que voy a obedecerte?

-Soy tu capitán.

-No digas tonterías, Sandro.

-Juraste fidelidad a nuestra bandera y luces el uniforme de...

-¡Cállate! -rugió Foran Ymo adquiriendo una seriedad amenazadora-. El uniforme es sólo el disfraz que necesitaba para entrar en el campamento sin llamar la atención de nadie. Aunque me hubiesen visto, era fácil confundirme con cualquier otro. Pero nadie se cruzó en mi camino. Los soldados del D.E.I. deben sentirse atemorizados y apenas si se atreven a salir de sus barracones. El propio Sandro Warren, el capitán bizarro y audaz, cubierto de condecoraciones, también vive recluido en su alojamiento. ¿Por qué? Es inexplicable... teniendo en cuenta que anoche derrotasteis a dos de mis *doguen*.

-¿*Doguen*? ¿Qué significa esa palabra?

-Te lo diré. Comprendo tu curiosidad, Sandro. *Doguen* es una palabra *colviniana*. O si lo prefieres de otra forma, autómata en el idioma de Colvin.

-¿Se llama Colvin el asteroide?

-Siempre me encantó tu erudición. En efecto. Eres huésped de honor en Colvin, el mundo descubierto, colonizado y engrandecido por el profesor. Vives en el corazón de la reconquista espacial.

-¿No crees que podríamos llegar a un acuerdo? Lo que estás diciendo me resulta tan incomprensible como...

-No -descartó Foran tajante-. Tú eres un terrestre, hijo del podrido planeta usurpador. Un mundo que esclaviza y destruye. Cualquier acuerdo sólo desembocaría en un final ineludible: La muerte. Es el premio para los enemigos.

-¿Qué enemigos?

-Los nuestros.

-Algo... o alguien te ha trastornado la razón. Trata de recordar, amigo. Fuiste un patrullero del D.E.I. ¡Aún sigues en las filas del ejército expedicionario! ¡Perteneces a la misma causa que yo!

-¿De veras? -Foran volvió a reír en tono nervioso-. Soy libre. El Departamento no existe para mí. Rompí el yugo que me ataba a los principios más abyectos del Hombre y ahora no acepto los mandatos de ningún terráqueo. Me arrepiento de haber pertenecido alguna vez a la Organización Interplanetaria creada para desposeer de sus sagrados derechos a los mundos interestelares.

-Somos los soldados del espacio. Los que defienden precisamente esos derechos y ayudan a...

-¡Mentira! ¡La Tierra es un mundo maldito e imperialista! ¡Quieren dominar al mundo entero! Pero nosotros seremos los libertadores. ¡Escúchame bien, Sandro! ¡Estás hablando con el comandante Foran Ymo, miembro destacado del Ejército Libertador del Espacio!

-Estoy hablando con algo infinitamente más repugnante. ¡Con un renegado, un traidor a la patria y un...!

-¡Calla! -la palidez de Foran adquirió una blancura casi transparente y las azules venas saltaron en su frente igual que oscuras lombrices sobre un lecho de harina-. ¡Ponte el casco! ¡Nos vamos de aquí!

Sandro Warren pensaba con la febril ansiedad de un condenado a muerte. Sabía que podía librarse de él... y al mismo tiempo temía hacerlo. Foran era menos corpulento, parecía enfermizamente débil y, además, nunca esperaría una agresión fulminante. El revólver atómico, a pesar de esgrimirlo con firmeza, no representaba obstáculo. Sandro tenía la certeza de que jamás se atrevería a dispararlo contra él. Estaba tratando de ganar tiempo, aunque sólo fuesen unos míseros segundos... ¡Era necesario advertir a Donald de lo que ocurría y hacerle comprender que Foran Ymo podía llevarles directamente al cuartel general de Colvin!

-¿Qué esperas? ¡Obedéceme, Sandro!

Los latidos de su corazón tamborileaban en las sienes, enviándole golpes de sangre batalladora. Foran Ymo se acercó a él, asiendo con tanta fuerza la culata que sus nudillos se blanquearon a causa de la presión. Parecía dispuesto a disparar. ¿Lo haría? Sandro le miró a los ojos. La luz cordial, amistosa y sincera, ya no brillaba en ellos. El jovial terrestre de Michigan no existía, porque en su lugar quedaba un fantasma envenenado por rencores inauditos. Sí; era un renegado. Se había pasado al enemigo. ¿A qué enemigo? Dilema. Fymo se llamaba en realidad Colvin. Los robots nocturnos fueron radiodirigidos por él. Comandante del Ejército Liberador del Espacio... ¡Absurdo como la psicosis de un maníaco!

-Por última vez, Sandro... ¡por última vez! ¡Ponte el yelmo y obedece!

¿Cómo había logrado entrar en el campamento? Miró el *Radiotak* de reojo. La aguja del contador seguía inmóvil... ¡Sin radioactividad! Entonces, inopinadamente, comprendió la verdad.

-Llevas puestos los cohetes personales... -murmuró.

-¡Qué importa eso!

-Has venido volando...;

-¡Sandro, no colmes mi paciencia!

-Ahora lo veo todo claro. Desde luego, Foran. Anoche os llevasteis una sorpresa, ¿verdad? Nadie pudo impedir la entrada de los autómatas en los campamentos establecidos por exploradores terrestres. Te atraparon a ti cuando llegaste. Atraparon a los hombres del capitán Galloway. El soldado Lincoln también cayó prisionero. Anoche, por primera vez en toda una historia de triunfos, dos autómatas quedaron inutilizados y vosotros, estúpido hatajo que os llamáis a sí mismos libertadores, deseáis averiguar la razón. Yo conozco esa razón mejor que nadie y te enviaron para capturarme. Pero aún persistía el temor a correr la misma suerte que ellos y empleaste los cohetes personales para salvar las cercas de *ferrocobrem*. Ya sé lo que pretendéis hacer conmigo. Una sesión de cerebroanálisis y todo quedará aclarado, ¿eh? ¡No puedo equivocarme, Foran!

-¿Quién dice que estás equivocado? Acabas de deducir la realidad. Mas no te servirá de nada. A donde voy a llevarte no podrás contarlo...

Sandro acababa de redondear su plan de acción.

Mientras hablaba forjó su inmediata línea de conducta. Poco antes había dado unas órdenes. Los dos cohetes de defensa tripulados por pilotos militares del *Grupo Diamante* estarían alistándose para salir hacia el bosque carbonífero. Barrie tendría los datos facilitados por los aparatos radáricos y terminados los cálculos de averiguación. Sin embargo, no convenía que la nave de Foran fuese atacada enseguida. Destruyéndola perdían la oportunidad de llegar al nervio del asteroide Fymo o Colvin, como lo había calificado su ex-camarada. No podía perder tiempo. ¡Era la ocasión! Donald comprendería que el capitán *debía* ser raptado.

-¡Aprisa! -exigió Foran-. ¡Obedece o te dejaré inmovilizado de un disparo!

-No llegarías a salir del campamento...

-Saldré. Por donde he entrado. ¡Por el aire!

-Está bien, Foran -aceptó sumiso-. Tú mandas... ¡Por ahora!

Sus brazos cayeron abatidos e inclinó la cabeza. Parecía vencido, física y moralmente pulverizado... Por eso, en contraste, su ágil salto de felino resultó de una contundencia arrolladora. Foran fue proyectado hacia atrás y la dura mano de Sandro, golpeando bajo, se hundió en su estómago. El antiguo patrullero gimió, y maldijo a media voz. Levantó el revólver y Sandro, aunque hubiese querido esquivar el mazazo, le dejó pegar... ¡porque ya había realizado lo que se proponía!

De un movimiento velocísimo acababa de bajar la palanca general de conexión... ¡y todos los radiovisores del campo estarían visionando entonces el final de la breve pelea!

El cañón del arma martilleó su cuello. No era un impacto potente, porque ladeó la cabeza al verlo llegar. Cayó de bruces en el suelo, fingiendo la pérdida del conocimiento. En el silencio que siguió a continuación resultó perfectamente audible el jadear de Foran Ymo y el tenue zumbido del telecomunicador. Patentizando un aturdimiento que estaba muy lejos de sentir, el joven se arrastró ayudado por los codos. Las botas de su enemigo se interpusieron ante él y de nuevo la boca del revólver centelleó a dos pulgadas de sus ojos.

-¡Otra imprudencia y te abraso vivo! -gritó-. ¡No sé si podré contenerme!

-Siempre... fuiste muy impulsivo -contestó Sandro palpándose la contusión-. Prometo no volver a hacerlo. Soy tu prisionero... Foran Ymo. Llévame donde quieras.

¿Lo habrían comprendido? ¿Captó la pantalla la escena y comprendieron la velada advertencia de Sandro cuantos lo presenciaban a través del televisor? Se incorporó trabajosamente, resollando, y quedó de rodillas.

-He sido un imbécil -siguió-. Debí darme cuenta de que no tenía solución... pero quise intentarlo.

-¡Pues te pesará, Sandro!

-Tal vez. ¿Cuáles son tus intenciones?

-¡Ya lo verás! ¡Andando! ¡Se acabaron las delicadezas!

Sandro obedeció con extraordinaria mansedumbre. Aquella actitud decididamente pasiva sirvió para convencer a Foran de que sus deseos de lucha habían terminado. Lo que él creía duro castigo eliminó todos los impulsos agresivos del capitán. Sandro había tenido especial cuidado en trasladarse en dirección opuesta al aparato, logrando que la ahora iluminada

pantalla apareciese a la espalda de Foran, quien seguía sin advertirlo. Mientras iba pronunciando lentamente las palabras parpadeó casi una docena de veces. Tuvo que dominar su desbordante alegría al percatarse de que los hombres a la escucha interpretaron acertadamente sus parpadeos y reducían la luz hasta dejarla en la fase de *semivisión*, es decir, medio velada. ¡El código de señales oculares le estaba salvando!

-Supongo que los jefes del asteroide se sentirán muy satisfechos de tu labor y la premiarán con largueza -dijo-. Jamás hubiese creído tamaña traición de un patrullero del Departamento. Si alguna vez caes en nuestro poder ya sabes que serás sometido a un juicio sumarísimo y nadie conseguirá salvarte de la pena de muerte. Estoy obedeciendo bajo la amenaza armada. Quieres llevarme lejos de aquí. Secuestro, intimidación y delito de violencia contra un oficial del Cuerpo. Procura que nadie te atrape, o lo pagarás muy caro, Foran Ymo.

-¿A qué viene ese discurso?

-Ojalá pudiese meterte en la cabeza las consecuencias de tu acto. Además, aún no hemos salido de aquí... Una pareja de cohetes de ataque patrullan por las cercanías del bosque. Cuando nos vean se lanzarán a rescatarme.

-No se atreverán a presentar batalla. Y si lo hacen, peor para ellos, porque les destruiré en medio segundo. Mi nave es la más veloz que ha sido concebido por mentes humanas y está dotada de un armamento infinitamente superior a cualquier aparato terrestre. En ella soy invencible.

-Mentes humanas, ¿eh? ¿Quieres contestar a una pregunta?

-No. Estamos perdiendo demasiado tiempo -Foran cambió bruscamente de actitud-. ¡Basta, Sandro!

Warren no opuso resistencia. Tomó el yelmo e introdujo la cabeza en él. Con el rabillo del ojo advirtió que la pantalla del telecomunicador había quedado completamente apagada. Alabó el buen juicio de sus camaradas al cortar la línea para evitar que el resplandor pudiese delatar la audacia de Sandro.

-Ponte el equipo de vuelo -ordenó Foran.

Mientras ajustaba las correas de los cohetes personales, el ex-patrullero se mantuvo en la misma actitud hostil. Por la expresión de su cara se deducía que no hallaba del todo justificable la pasividad de Sandro. Los recelos debían corroer su ánimo. Le conocía demasiado íntimamente para suponer que aceptase la renunciación. No enfundó el revólver y cuando el capitán estuvo listo lo empujó con el cañón hacia la salida.

-Tú primero -dijo-. ¡Y sin tonterías!

-Descuida. No siento deseos de acabar con la cabeza desintegrada.

Salió al exterior y Foran le imitó con grandes precauciones. El campamento se veía solitario, quieto y silencioso bajo la luz del sol, como

vacío. A lo lejos, junto a las cercas de *ferrocobrern*, destacaban los puestos de guardia y los centinelas. La distancia era excesiva para que pudiesen descubrir los manejos del secuestrador o al menos sentirse inquietos. Sandro felicitó mentalmente a quien hubiese adoptado semejantes medidas y contempló con satisfacción el alivio que poco a poco serenaba las contraídas facciones del ex-patrullero.

-¿Qué hacemos ahora? -inquirió.

-No te alejes más de un metro de mí. Seguiré apuntando hasta dejarte en lugar seguro. ¿Preparado para ascender?

Sandro hizo una profunda aspiración y contestó:

-Preparado.

-¡Arriba!

Accionaron las palancas de arranque y los reactores acoplados a las espalderas estallaron al unísono. El empuje de los gases de exhaustación arremolinó el polvo en torno a ellos y cuatro blancas rayas nacieron en el aire al tiempo que se sentían elevados y el impulso inicial adquiría velocidad. Subieron hasta los 300 metros en vertical. Una vez arriba, Foran estabilizó el vuelo y dirigió la orientación valiéndose de un minúsculo *giromagnetic*, cuya aguja apuntaba a una dirección señalada con el signo de la adición. El revólver, que esgrimía en la diestra, miraba ominosamente al prisionero, poro Sandro había dejado de preocuparse.

No sentía el menor temor por la suerte que le aguardaba, quizá porque su curiosidad era tan enorme que se imponía a cualquier otro sentimiento. El espacio se veía despejado... y sin embargo estaba seguro de que los cohetes de defensa habrían abandonado ya la cámara nodriza de la astronave del *Grupo Diamante*. Deseaba con toda su alma que se abstuviesen de entablar batalla. Las palabras de Foran relativas a la potencialidad de sus armas aéreas no se alejaban de su mente. Confiaba en el sentido común de Charlie Falk, el cual, sin duda, comprendería que era extraordinariamente más importante descubrir el refugio de los jerarcas de Fymo que derribar el aparato del traidor.

El campamento se había perdido en la lejanía quedando reducido a un manchón en relieve sobre la lisura de la amesetada colina. El bosque carbonífero, en cambio, se extendía ante ellos, hermoso y exuberante, igual que un prodigio vegetal de apoteósica magnitud. Los corpulentos y elevadísimos árboles, estrechamente unidos, corrían unos 100 metros por debajo de ellos, engalanados por la abundancia de plantas trepadoras, gigantescas convolvuláceas de flores rosáceas y lianas cuya gama de color abarcaba desde el blanco plata hasta el bermellón oscuro. El paraíso botánico no parecía tener fin ya que ocupaba una extensión inconcebible. Cientos y cientos de kilómetros, hasta donde el horizonte se unía al negro cielo, se veían ocupados por la fantástica y ubérrima floración de tipo

paleozoico.

Las cotas de referencia plantadas por el *Grupo Diamante* fueron salvadas. La *Borde Z-5* y la *Extrem U-12* quedaron atrás, desconectándoles completamente de las seguridades que para Sandro hubiese podido ofrecer el campamento. Por espacio de unos quince minutos volaron sobre aquel océano vegetal sin que nada permitiese al joven sospechar las intenciones de su captor. Después, haciéndose visible un claro en la jungla, alcanzó a descubrir un objeto brillante que parecía aplastado contra el suelo.

El objeto alcanzó pronto colosales proporciones a medida que se aproximaban al claro. Era de forma circular, con una cúspide central que le daba cierto aspecto de cono y cerrado con tal hermetismo que no ofrecía el menor saliente. Carecía de orificios de entrada, respiraderos o torres giratorias que señalasen la presencia de baterías. Exceptuando la prominencia central a modo de cono, el resto era de una lisura tan pulida que impedía aventurar conjeturas. Cuando se hallaron a medio centenar de metros, Sandro comprendió que la materia empleada para su construcción debía ser metálica, aunque no dedujo su composición a causa del color dorado. Cualquiera hubiese dicho que se trataba de oro. Mas aquello era imposible de todo punto. La ductilidad, el peso y la escasa dureza de semejante metal precioso imponían inconvenientes insalvables para la navegación espacial.

-Es *tráspoler* -explicó Foran Ymo adivinando su extrañeza-. Un mineral que sometido a fundición deja magma de gran dureza y exiguo peso. Combinado con otros elementos adquiere apariencia metálica sirve para múltiples usos.

-*Tráspoler* debe ser el nombre adecuado en el idioma de Colvin. ¿Cuál es el equivalente en nuestra lengua?

-No tiene equivalente. Este mineral se desconoce en la Tierra. Vamos, Sandro. Hemos llegado a la meta. Reduce la velocidad y desciende.

Warren tomó nota mental de la aclaración facilitada y pensó en las propiedades del *tráspoler*. ¿Podría, acaso, mantenerse invulnerable ante los cañonazos atómicos? Lo puso en duda. Claro que esta pregunta carecía de importancia mientras desconociese las terribles armas mencionadas por Foran. ¿Cuál sería su alcance? ¿Y la potencia? ¿Dónde se dallarían instaladas? Cortaron el encendido y los reactores dejaron de maullar. Al tiempo que caían blandamente hacia la tierra. Sandro murmuró:

-¿Cómo podrías defenderte si nuestras naves atacasen esta especie de platillo volante? No veo armamento alguno, Foran.

-Estás rabiando de curiosidad, ¿eh? Lo siento. No creo oportuno informarte.

-¿Aún temes que pueda escapar? No me creas tan insensato. Estoy a tu merced, Foran. Además, casi me alegro de ello. Tal vez tú me odies, pero

yo sigo considerándote el buen amigo de siempre. Vives bajo la influencia de algo maléfico. Algo que te tiene dominado y llega a transformarte en la antítesis de lo que siempre fuiste. Desde este momento, te advierto que haré cuanto pueda por salvarte del mal.

-No seas iluso. Jamás me sentí tan feliz como ahora, porque cumplo un honroso deber y no deseo variar. Harías mejor abandonando toda esperanza, Sandro. Nunca volverás a la Tierra... y si lo haces será en calidad de *libertador*.

-Olvidemos eso. No alcanzo a entenderlo. Dime, Foran: ¿Dónde ocultas las armas?

-En el cono. Actuarán por sí solas cuando sea necesario.

-¿Autocontrol?

-Sí.

-¿Por qué? ¿No hay más tripulantes en la espacionave?

Foran Ymo dejó que sus labios delgados dibujasen una sonrisa.

-Hemos llegado -dijo al posar los pies en el suelo.

-¿No quieres contestar?

-Viajaremos solos, si es eso lo que deseas saber.

-¿No has traído contigo los robots hipnóticos?

-Eran innecesarios en esta ocasión. En Colvin cada cosa tiene su cometido y se emplea sólo en él. Los *doguen* demostraron anoche que eran impotentes. Aún no sabemos la razón -agregó, anticipándose a lo que Sandro iba a preguntar-. Pero lo averiguaremos pronto. Todos los que regresaron al aparato han sido aislados y sometidos a examen.

-¿Viniste tú con ellos, Foran?

-¿A qué viene ese repentino interés?

-Insisto en conocer la verdad.

-¡Sí. Yo tripulaba la nave.

-¿Esta misma?

-No. Era otra. Pero...

-Gracias.

-¡Se acabó ya el interrogatorio?

Sandro asintió con pena. El ex-patrullero, por el contrario, parecía animado de espontánea jovialidad. ¡Qué lejos estaba de imaginar el origen del fracaso! Interiormente se alegró de llevar el traje antirradioactivo, porque al menos le libraría de la contaminación. Aún era pronto para que se presentasen los primeros síntomas, aunque no tardarían mucho en manifestarse sobre Foran Ymo... a menos que las criaturas inteligentes del asteroide descubriesen la causa y aplicasen remedio inmediatamente.

No se explicaba cómo Foran ignoraba una cosa tan sencilla. Su propio atuendo debió bastarle para comprender la verdad. Sin embargo, no demostraba que lo sospechase. Esto le inclinó a meditar sobre su estado

mental. Las nuevas teorías que sustentaba sobre la Tierra, su odiosa forma de tratarle, el desprecio que se pintaba en sus ademanes... Sí; todo le debió ser inculcado por tratamiento, quizá realizando una operación cerebral que eliminó los recuerdos y afectos de una parte de su memoria... dejando únicamente los que convenían a fines premeditados. Pero... ¿cabía esperar que Foran hubiese olvidado las amenazas radioactivas y desconociese el equipo que ahora lucía el capitán? ¡Es tan complejo el cerebro humano, que resulta sencillísimo poder dañar alguna porción vital de los delicados tejidos!

Mientras estuvo pensando, caminó insensiblemente por el claro del bosque, delante de Foran. La inmensa mole formada por el áureo platillo ocupó la visión, dándole la justa idea de sus dimensiones. Foran tiró de su brazo y ambos se detuvieron. El resplandor del sol cegaba al refulgir en la superficie. Por más que Sandro se esforzó en hallar una abertura de acceso haciendo pantalla con las manos, no la encontró. Foran le sacó pronto de dudas. Plantándose ante la nave, hablando en tono autoritario, pronunció tres palabras intraducibles para él.

-Tamaro galipe aduma.

-Foran... -musitó el joven-. ¡Está abriéndose una grieta en el fuselaje!

-En efecto -admitió el aludido calmosamente-. Contémplalo. Te ayudará a sentir admiración hacia nuestros jefes.

La minúscula raja fue ensanchándose hasta convertirse en una sección corrediza que dejó al descubierto el interior de la nave. El corte se produjo vertical y rectilíneamente, lo mismo que si un gigantesco cuchillo hubiese separado un pedazo triangular de una abombada torta color oro. Una escalera rodante, parecida a las cintas móviles que permitían el acceso a los edificios terrestres, se puso en movimiento y la oscuridad interior quedó rasgada por luz opalescente y difusa.

-¿Sorprendido? -inquirió Foran.

-No mucho -replicó Sandro-. Creí que era cosa de magia, pero acabo de descifrar lo que ocurre. Ciertos puntos de la astronave están dotados de controles corredizos que actúan bajo las ondas acústicas de la voz humana. Las palabras que has pronunciado poseen registros sonoros capaces de activar el mecanismo. No es nuevo. En la Tierra podemos hacer cosas iguales. Y hasta logramos producir actividad en aparatos adaptables a ondas ultrasónicas.

-De acuerdo. Pero estos instrumentos han sido perfeccionados. La diferencia es tan sensible como si se comparase a una vieja bala de plomo con un proyectil nuclear.

-Todo sirve para destruir. Es sólo cuestión de escala.

-La escala de la reconquista espacial no admite comparaciones. Ya lo verás.

-Creo que tus dotes proselitistas van a resbalar sobre mí.

-Es posible -sonrió Foran-. Entra. La cinta animada te llevará arriba.

Sandro obedeció. Suavemente, sin oscilaciones, fue arrastrado hacia lo alto y depositado en un rellano del que partían cuatro estrechos corredores. Ymo se reunió enseguida con él y, tras pronunciar una breve orden, la sección corrediza recuperó la primitiva forma, dejándoles encerrados en la portentosa nave donde, pese a no existir orificios visibles, se gozaba de una adaptación climatológica esencialmente bienhechora comparada con la torridez exterior.

-Sígueme -dijo Foran echando a andar por uno de los pasillos.

Sandro observaba con atención cuanto le rodeaba admirando el vítreo suelo y la transparencia luminosa de las paredes. Era una luz extraña, que no hería la vista, ni alumbraba con perfección. Todo ello contribuía a comunicar una sensación de majestuoso poderío. El pasillo avanzaba recto, por lo que juzgó que la escalera rodante debía haberles llevado al centro mismo del aparato, de donde arrancaban los cuatro tramos igual que radios de una gran circunferencia.

-Puedes quitarte el yelmo -indicó Foran guardando el revólver y empezando a aflojar los sujetadores-. El aire que ahora respiramos es rico en oxígeno y no encontrarás diferencia con el de los tubos.

Así lo comprobó Sandro al aspirar las primeras bocanadas. Aquello le dio que pensar. ¿Estarían los habitantes de Fymo dotados de un sistema pulmonar idéntico al de los humanos? Todo hacía preverlo así, puesto que acondicionaban sus alojamientos de forma análoga a los expedicionarios terrestres.

-Gracias por haber guardado el arma, Foran. Eso demuestra que crees en mis palabras.

-Ahora ya no eres peligroso. Aunque consiguieses dejarme fuera de combate, nunca lograrías salir de la nave, porque ignoras las frases clave que permiten accionar los paneles corredizos. Te recomiendo resignación. Algún día me lo agradecerás y te asombrarás de haber podido vivir feliz en la repugnante sociedad terráquea.

-Vas a llevarme ante tus jefes, ¿verdad?

-Naturalmente. Les he hablado de ti en términos encomiásticos y después de lo ocurrido anoche desean conocerte. Creo que les tiene intrigados el fracaso de los *doguen*. Te consideran un hombre inteligente... es decir, digno de figurar en el Ejército Libertador del Espacio.

-¿También me dejarán elegir?

-No te hagas ilusiones en es, sentido. Ingresarás sin que tu opinión cuente para ello. Después les estarás eternamente agradecido.

-¿Como tú?

-Eso es, Sandro. Como yo. Una vez conocida la verdad produce

náuseas la mentira.

-¿Cuál es la verdad?

-Mis jefes te lo explicarán. Yo aún estoy asistiendo a las clases de reeducación.

-¿Sois muchos en ese ejército?

-Lo seremos.

-Hablas en futuro, no en presente. ¿Qué significa eso, Foran?

Ymo le miró con cierta displicencia.

-No quieras saberlo todo en un minuto. Es demasiado complejo para asimilarlo enseguida. Además, tu mente aún no está preparada para entenderlo.

-¿No crees que un ejército de seres cerebralmente trastornados dice muy poco en honor de esa verdad que pregonas? Van a la guerra engañados.

-Dentro de unos días habrás abandonado tus teorías. Serás fiel a la causa en cuerpo y alma.

-Lo cual es tanto como afirmar que tendréis un nuevo renegado en vuestras filas. Sólo de esta forma concibo yo la lealtad a los fines de este asteroide maldito. Los traidores de todo el Universo pasan a convertirse en paladines de una absurda reconquista.

-Hablas muy duramente

-Porque mi cabeza está libre de influencias perturbadoras. Razono con libertad. Nadie me ha operado. Soy un hombre... no un autómata con apariencia humana.

-¿Lo dices por mí?

-Sí. Y por las piltrafas que forman ese ejército de fantoches capitaneados por un loco con manías redentoras.

Foran Ymo Se detuvo y clavó en los suyos aquellos ojos hundidos, febriles y alucinados, que daban una extraña fisonomía a su pálido rostro. Comprimió los labios con furor, lívido de odio.

-¡Eres un insensato! -replicó-. No alcanzas a ver el glorioso destino que aguarda a Colvin.

Sandro denegó con cortos movimientos de cabeza.

-Sé distinguir entre la gloria y la traición -contestó-. Eso es todo, muchacho.

-¡Bah! No eres capaz de comprenderlo. Dejémoslo.

Volviéndole la espalda desdeñosamente, Foran Ymo se apoyó en la traslúcida pared y oprimió una porción determinada. Al momento, sin ruido, giró el muro y mostró un camino ascendente, iluminado de rojo.

-Sígueme -dijo-. Hemos llegado al puesto de controles.

Cuando Foran cerró la entrada, la luz roja desapareció y en su lugar brilló el resplandor opalescente característico. La sala de mandos se veía

repleta de contadores, pantallas, instrumentos de comprobación y un sinfín de objetos heteróclitos cuyas funciones no pudo determinar Sandro de una sola ojeada. En realidad, su aspecto genérico difería bien poco de las cabinas de mandos típicas de las astronaves terrestres y la única diferencia radicaba específicamente en la disposición de diversos aparatos desconocidos para el capitán.

Juzgó, no obstante, que se trataba más bien de una cuestión de forma que de contenido. Allí, igual que en cualquier espacionave, residía el corazón, el centro nervioso y el cerebro que daba vida al vehículo alado. Quizá poseyesen innovaciones o mejoras de orden técnico. Lo admitía. Pero, en sustancia, estaba contemplando un puesto de controles y no suscitaba estímulo alguno para sentir asombro.

-Ocupa aquel sillón -señaló Foran-. Despegaremos enseguida.

Se instaló en otro situado en medio de la estancia y comenzó a oprimir los multicolores botones que salpicaban el inmenso tablero de mandos. La luz opalescente cesó, dejándoles a oscuras. Un zumbido profundo, vibrante y progresivo se escuchó como brotando de todos los lugares al mismo tiempo. Aquel zumbido recordó a Sandro otro semejante, menos diapasonado, quizá, pero imposible de olvidar. ¡El de los robots hipnóticos! La oscuridad empezó a aclararse y los centelleos que brotaban de esferas, tubos y órganos versicolores puntearon la estancia de relumbrones que se reflejaban en las alertas pupilas del joven. Le excitaba aquella aventura. Ignoraba el final. Tenía todos los músculos tensos y las manos crispadas. Foran Ymo, igual que moldeado en granito, seguía accionando mandos y comprobando presiones.

-No quiero privarte de este espectáculo -sonrió-. Mira esa pantalla. Contemplarás todo el despegue como si se tratase de una proyección tridimensional.

Sandro ladeó la cabeza y vio el bosque carbonífero extendido en torno a ellos, tan nítidamente que hasta las altas copas arbóreas parecían a punto de rozarle. Una neblina azul, revoloteante, surgió por doquier y emborronó la visión. Luego, el estallido seco de una descarga superisotópica conmovió los alrededores y desgajó árboles milenarios. El bosque se hundió en una sima alucinante, perdiendo perfiles y convirtiéndose en una mancha verde. Una inmensa extensión de terreno se agrandó, ocupando cientos y cientos de kilómetros al tiempo que la astronave ascendía hacia lo alto con escalofriante rapidez. Debía estar dotada de una velocidad pavorosa, porque el asteroide varió de fisonomía y dejaron atrás el bosque carbonífero en pocos segundos.

-Abandonamos el ecuador -dijo Foran-. Pronto tendrás ocasión de contemplar otro lugar tan interesante como éste... aunque más deshabitado.

-La zona templada, ¿verdad?

-¿Cómo lo has sabido?

-Deducción, Foran. Hace tiempo que pienso en ello. El ecuador no es el sitio apropiado para establecer una ciudad. Excesivo calor, frío nocturno superior al polar, fieras descomunales y bosques impenetrables. Vamos a una de las zonas templadas. Estoy seguro.

-No es mala tu forma de deducir -reconoció el ex-patrullero-. Pero allí tampoco encontrarás la ciudad que imaginas. Todo lo superficial es factible de ser descubierto. Nuestra capital no podría ser vista ni aun a medio kilómetro de distancia.

-También lo suponía.

-¿Por qué?

-Por los autómatas.

-No te comprendo.

-Retroceden ante la luz -replicó Sandro-. La luz es un enemigo de consideración. Sus cerebros positrónicos fueron fabricados con esta amenaza grabada en ellos. Sólo los humanos, como tú, la soportan sin temor. Saben que es inofensiva. Por eso te enviaron a raptarme. No confiaban en los robots... ni en las criaturas indígenas del asteroide. Luz significa paralización, horror, sufrimiento... ¡Y tú estás tan empapado de esa creencia patológica que hasta apagaste la iluminación antes de emprender el vuelo!

-Creo que el profesor Colvin será dichoso analizando tu cerebro. Es incansable... y agudo. Desde luego, Sandro. Acabas de poner el dedo en la llaga. La luz es tabú entre nosotros; nadie debe pronunciar esa palabra.

-¿Una prohibición?

-Sí. Penada gravemente.

-¿Dónde está, pues la libertad? Nadie te hubiese censurado en la Tierra por una cosa así.

-Calla -replicó Foran tras unos momentos de silencio-. Aún no puedes comprenderlo.

-Jamás me adaptaré a esas normas. ¡Luz! ¡Luz! ¿Cómo pensáis conquistar el Universo? ¿De noche?

-Tenemos medios para sumir en la oscuridad a planetas enteros. Aparte, cuando se inicie la reconquista, habrá en nuestro ejército millones de seres acostumbrados a vivir cerca del Sol y para los que no representará temor. Las máquinas retroceden porque fueron fabricadas con este defecto. Puede subsanarse.

-¿Cómo no pensó en ello el inventor?

-Las creó así... *precisamente porque pensó demasiado en la luz.*

-¡Paparruchas! ¡Acabarás perdiendo la razón! Dime, Foran: ¿Por qué ese temor supersticioso hacia la luz? ¿Es lógico... y propio de seres normales?

-Hay un artículo en nuestro Código que impide abordar el tema. Los hombres pueden vivir en las tinieblas y ser tan felices como bajo los rayos del Sol. Su calor y energía no nos es necesario. Lo suplimos con lámparas de cuarzo ultravioladas. Las sombras ayudan a meditar, despiertan los restantes sentidos, agudizan la sensibilidad... No, Sandro; renuncio a explicártelo. Lo sabrás dentro de poco.

-No podrán hacerme variar de idea.

-Tu mente variará.

-Escucha, Foran... No sé dónde tenéis oculto el cubil, ignoro quien manda y no me inquietan vuestras utópicas quimeras. Desconozco muchas cosas y sólo llego a comprender en parte las más superficiales. Pero ahora creo que estoy llegando al fondo del asunto. ¡Colvin! Ese nombre me es familiar, hay algo relacionado con él... Creo que si no me engañan mis recuerdos....

-¡Silencio! -atajó Foran bruscamente.

Sandro pensó que había vuelto a irritarle con sus teorías o tal vez, los artículos del Código antes mencionado le prohibían prestar atención a los conceptos antagónicos. Fue a disuadirle de ello... pero se calló al instante. Foran no debía sentirse preocupado por su charla. Era otra cosa lo que retenía su atención.

Un *voltoarco* parpadeaba en el tablero de mandos. Las intermitencias parecían el pulsado latir de un corazón eléctrico. Foran oprimió un botón. Otra de las pantallas se encendió de pronto y el negro cielo quedó enmarcado en ella... descubriendo al par de cohetes tripulados que seguían la marcha de la astronave desarrollando toda su velocidad.

-¡Estúpidos! -gruñó-. ¿Cómo se atreven a seguirme? ¡Indignos microbios terrestres!

La visión de los cohetes, en cuyo fuselaje se veían las letras representativas del Departamento de Exploraciones Interplanetarias, llevó al alma de Sandro un soplo de vivificante energía. ¡Sus pilotos iban a la zaga! ¡Charlie Falk interpretó sus instrucciones y estuvieron acechando hasta que el dorado platillo emprendió el vuelo!

-¡La altanería de los humanos no conoce límites! -añadió Foran con desdén-. ¿Esperáis atraparme, idiotas? -interpeló dirigiéndose al par de puntos brillantes que se movían en el estrellado firmamento-. ¡Nunca lo conseguiréis!

Ciertamente parecían risibles las pretensiones de los pilotos del *Grupo Diamante*. Las chispas que alumbraban los escapes demostraban la enorme potencia atómica desarrollada por los reactores. Sandro opinó que debían volar a toda velocidad, pese a lo cual, sin esfuerzo aparente, el platillo mantenía equilibrada la distancia y no era posible advertir el menor aventajamiento. El *voltoarco* lució sin altibajos y Foran Ymo, volviéndose

hacia su prisionero, aclaró:

-Tienen intenciones de atacarnos. Seguramente han comprendido que son inútiles sus esfuerzos por colocarse a mi altura. ¡Imbéciles! Mi nave desarrolla sólo un tercio de su velocidad de vuelo. Podría perderles de vista en medio minuto..

-¿Por qué no lo haces, Foran? -preguntó Sandro, deseoso de evitar el combate.

-Porque saldríamos de la órbita planetaria de Colvin y sólo llevo el combustible justo para regresar a la base. No. En castigo a su soberbia voy a darles una lección. Fíjate, Sandro: Mis armas están apuntando ahora a uno de los cohetes. Observa los resultados.

Gracias a la pantalla era posible seguir el desarrollo de los acontecimientos con suma facilidad. Aunque Foran creía que iba a ser objeto de un ataque, el joven estaba seguro de que no ocurriría eso, ya que la formación de vuelo no ofrecía los variantes obligados para una agresión combinada. Más bien cabía pensar que su cometido estribaba en no abandonar la persecución y seguir la pista a la misteriosa astronave dorada. Exactamente lo que Sandro había dejado entrever y Charlie Falk supuso. Lo único que pretendían los hombres del *Grupo Diamante* era averiguar el destino y regresar después al campamento de la meseta.

-No atacarán -dijo Sandro-. Abstente de hacerles daño.

-Tienes miedo por ellos, ¿verdad? Al fin has comprendido que mi nave es muy superior a las vuestras.

-No seas chiquillo. Los cohetes de ataque representan un enemigo de poca importancia. Si tuvieses delante una escuadra de cruceros pesados no me perdería el espectáculo por nada del mundo. Es más: Estoy convencido de que llegarían a derrotarte. Pero tratándose...

-Llegarían a derrotarme, ¿eh? Ahora verás lo que les ocurriría a tus poderosos cruceros. ¡No pierdas detalle, Sandro!

-¡Espera! ¡Ellos no atacarán!

La carcajada enloquecida de Foran Ymo fue para Sandro peor que una bofetada en pleno rostro. Sintió hervir su sangre y la injusticia de aquella monstruosidad volvió a convertirle en el hombre cien por cien peligroso de siempre. Un fofo chasquido llegó a sus oídos y le traspasó el cerebro, galvanizándole. Hubiese deseado saltar sobre el ex-patrullero y borrar la hiriente risa a puñetazos, pero sus ojos seguían fijos en la pantalla y, a su pesar, contempló la desintegración de la nave del D.E.I., consumada al tiempo que el blando sonido era captado por los audiófonos del televisor gigante. Un salpicón rojizo, como de polvillo apimentonado, fue cuanto quedó en el aire. El brillar de las estrellas y el fondo negro del cielo contribuyeron a intensificar la fugaz tragedia. Luego, todo se borró del espacio y el segundo cohete evolucionó hacia arriba, mostrando su panza

blindada.

-¡Mírale, Sandro! ¡Mira como huye el superviviente! Es inútil... ¡porque mis rayos le alcanzarían, aunque se encontrase a una distancia diez veces mayor!

-¡Quieto! -bramó Sandro distendiendo sus poderosos músculos-. ¡No lo permitiré! ¡Es como un asesinato...!

¡Había puesto tal energía en sus movimientos que el dolor le atenazó los brazos y piernas... ¡aunque no pudo levantarse del sillón! Tiró de nuevo, forcejeando con furor, pero siguió allí clavado, sujeto por ocultas fuerzas... ¡totalmente inmovilizado! La burlona carcajada de Foran se repitió, y por primera vez desde que había caído en su poder, Sandro experimentó la furia homicida de quien ansia aplastar al enemigo más aborrecido. Rojo por el esfuerzo y con los nervios resaltando a flor de piel, jadeó:

-¡Cobarde, traidor! ¡Te juro que esto lo pagarás...!

-No jures imposibles, Sandro -atajó Foran divertido-. ¿Qué te pasa? ¿El valiente capitán no puede moverse? ¡Ja, ja...! ¡Eres mi prisionero, muchacho! ¡Mi prisionero en todos los sentidos!

-¡Te arrepentirás, Foran Ymo! ¡Palabra de honor!

-Cálmate. ¿A qué excitarte inútilmente? Una corriente eléctrica te mantiene pegado al sillón y no existe fuerza capaz de arrancarte de ahí. ¿Crees que iba a dejarme sorprender? Te conozco demasiado, capitán Warren.

-¡Nunca pensé que llegases a ser tan despreciable! Han muerto dos de mis hombres, cobardemente aniquilados sin que existiese provocación por su parte. ¡Responderás de tu crimen, abominable traidor!

-Te aconsejo que suprimas los insultos. Puedo enviarte una doble carga eléctrica y sentirías en tu carne un dolor infernal. Soy muy compasivo a pesar de todo; pero deja de zaherirme o tendré que mostrarme duro. ¿Qué ha sido de tu cohete? ¡Ah! ¡Todavía sigue ahí! ¡Voy a darle una sorpresa!

-¡No dispares! ¡Te ordeno que no dispares, patrullero Ymo!

Las palabras de Sandro despertaron la hilaridad del renegado, quien parecía gozar lo indecible. El cohete del D.E.I., evolucionando en zig-zag, se mantenía a respetable distancia, sin osar defenderse de la agresión sufrida. Quizá transmitía a la base lo ocurrido y esperaba las instrucciones para trazar su línea de conducta. De pronto, picando de costado, dos rayas verdes escaparon de sus tubos laterales y avanzaron rectas en busca del platillo volante. A través de la pantalla las vieron llegar y estallar artificiosamente en la superficie. Sandro Warren se mordió los labios hasta casi hacerlos sangrar, porque comprendió que los pilotos acababan de arriesgar la vida por cumplir las órdenes de Charlie Falk.

No. No eran proyectiles teledirigidos ni rayos destructores lo que habían disparado. Resultaba lógico, porque la vida de su capitán, encerrado

en el platillo, debía ser respetada por encima de todo. ¡Eran trazadoras de *coltenno*, un compuesto inalterable a la acción de los elementos y cuya naturaleza química permitían emitir ondas fáciles de detectar! Foran Ymo dejó de reír y el resplandor de los mandos dio a su rostro una expresión de infernal salvajez.

-¡Ahora no podrás decir que les ataco sin motivo! ¡Adiós, muñecos! ¡Hasta nunca!

Sandro cerró los ojos para no presenciar otra destrucción análoga a la anterior. El chasquido repercutió en su corazón, sumiéndole en impotente dolor, y convirtiéndose para él en la única huella sonora que jalonaba el sacrificio de sus esforzados pilotos. Cuatro hombres y dos naves habían sido pulverizados en pocos segundos.

El renegado Foran, saciada su abyecta sed de sangre, dejó de reír. Warren siguió con los ojos cerrados, mientras murmuraba una piadosa oración por los camaradas caídos en el cumplimiento del deber. Tardó más de cinco minutos en abrirlos. Foran Ymo pudo comprobar entonces que los tenía arrasados en lágrimas. ¡Y ni siquiera llegó a comprender cual era la causa! ¡Se hubiese asombrado al saber que aquellos cuatro hombres habían entregado sus vidas para que los expedicionarios del *Grupo Diamante* no perdiesen la pista del extraordinario platillo volante!

CAPÍTULO III
NIDO DE RATAS

La corriente eléctrica le mantuvo aferrado al sillón, y Sandro acabó por someterse a la inmovilidad en vista de lo infructuoso de sus esfuerzos. Como Foran Ymo dijo, no había fuerza humana capaz de liberarle. Tenía, pues, que resignarse por completo. Además el rápido fin de sus compañeros de armas le dejó momentáneamente anonadado.

Lo que al principio creyó sólo fantasía de una mente trastornada, tomaba ahora un cariz alarmante y siniestro. El Ejército Libertador del Espacio no era una imaginación, sino la amenaza tangible de algo cierto y poderoso. Después de la frialdad con que Foran Ymo eliminó a los pilotos comprendió que no se detendrían ante nada y que el Universo entero, aunque no llegase a ser dominado, corría el peligro de verse conmocionado por dramáticos acontecimientos.

Durante el tiempo que permanecieron surcando el espacio tuvo ocasión sobrada para ahondar en el asunto y llegar a una conclusión definitiva. El *Grupo Diamante* era la única fuerza armada que te hallaba en condiciones de atajar el mal. Fymo, o Colvin para hablar con mayor propiedad, se revelaba como un mundo habitado, vivo, obsesionante. El objetivo primordial del D.E.I. al enviar la astronave exploradora fue -aparte de adquirir información e indagar sobre la suerte corrida por los desaparecidos- reunir los suficientes datos concretos que permitiesen establecer bases fundadas para proceder a su colonización.

Entonces, con horrorosa certeza, intuía que el asteroide no entraría nunca a formar parte del Sistema Solar conocido. Las condiciones de habitabilidad eran factibles, tal vez mejores que en otros astros colonizados. Pero algo en su fuero interno le repetía, con insistencia, que el profesor Colvin y su camarilla de incondicionales jamás permitirían la intrusión de extranjeros, a todos los cuales consideraban, como demostraba palpablemente la realidad, aborrecibles enemigos.

No es posible la colaboración entre enemigos. Quizá él no llegase a presenciar el final de la guerra, pero al menos, tendría el privilegio de participar en algunas batallas. Sabía que una de ellas, muy fundamental, se avecinaba. Las luchas con los animales, las incertidumbres y los robots eran simples escaramuzas. Ahora quedaba patentizado algo acusador: Dos cohetes derribados. La guerra estaba declarada. El D.E.I. dejaría aparte sus intenciones exploradoras para entrar de lleno en el cometido militar. ¡Nadie podía anticipar los resultados catastróficos de un conflicto sin cuartel!

Foran tuvo la cortesía de dejar encendida una de las pantallas que recogía panorámicamente el espectáculo de su vuelo. La orografía aumentó en los últimos instantes del viaje. El arbolado fue sustituido por planicies

salpicadas de arbustos y vegetación casi terrestre. Surgieron cortos ríos de curso irregular y algunos lagos producidos por deshielo. La lluvia, tal como dedujeron los investigadores del *Grupo Diamante*, apenas existía en el asteroide, debido a la escasa evaporación de líquidos. Por otra parte, la débil fuerza de gravedad impedía la retención de grandes masas acuosas a flor de tierra. Todo lo cual determinaba regímenes hidrográficos pobres, y los ríos -apenas riachuelos- mostraban riberas acostradas, duras y lechos pedregosos casi secos.

No obstante y esto fue lo sorprendente, el platillo sobrevoló una extensión dilatada donde las aguas reinaban con plenitud. Parecía un inmenso lago. Quieto, manso, festoneado por bosques de coníferas, plantas gimnospermas diversas y zarzales altísimos. Había belleza en el incongruente nacimiento de aquel lago donde todo parecía seco o semiseco. Tal vez por causas gravitatoriales o cosmológicas, allí se concentraba toda la humedad existente en el asteroide.

-Es un mar -explicó Foran sobriamente-. El único mar de Colvin. Amararemos en la orilla septentrional.

Accionó los delicados mandos y la pantalla ofreció a los ojos atentos de Sandro las primicias de un acercamiento progresivo hacia la tierra. El aterrizaje se produjo sin un solo fallo, matemáticamente exacto, con la variante de que el enorme platillo quedó flotando en el agua y ni la más suave ondulación meció al aparato.

-Voy a cortar la corriente -dijo Foran-. Quedarás en disposición de abandonar el sillón. Pero si intentas mostrarte violento... -sin terminar la frase, mirándole duramente, el renegado se palmeó la ¡pistolera donde enfundaba el revólver atómico-. ¿Entendido? -agregó después.

-Entendido.

Manipuló en una de las palancas y Sandro notó cómo sus músculos se iban relajando, perdiendo la crispación anterior. Movió los brazos y comprobó que podía hacerlo con entera libertad. Tentado estuvo de saltar sobre Foran y darle un merecido castigo, pero se contuvo. El ex-patrullero no alejaba la diestra de la funda y, además, la sumisión convenía a los fines del capitán, porque gracias a ella podría enterarse de un montón de cosas. De atacarle, corría el riesgo de morir. Y, pese a que la muerte en sí no le importaba, debía seguir vivo... aunque sólo fuese por evitar que el sublime sacrificio de los pilotos resultase baldío.

-¡Ponte el yelmo -ordenó Ymo-. Vamos a salir a la superficie.

-Estamos flotando en el mar, ¿verdad? ¿Cómo puedes conseguirlo tratándose de un aparato tan pesado?

-No flotamos -aclaró su interlocutor, empezando a levantar su propio yelmo vítreo-. Nos mantiene en alto la suspensión artificial generada por la nave. Estamos a pocas pulgadas sobre la superficie, mas sin apoyarnos para

nada en el agua. Cuando aquélla cese, nos hundiremos irremisiblemente. Pero no te inquietes. El platillo es el mejor sumergible que hayas podido imaginar.

-Un aparato anfibio... -susurró Sandro.

-Algo muy superior, mi pobre terrestre. Una combinación magistral de vehículo rodante, astronave y sumergible. Vamos. Acompáñame al exterior. Vas a descubrir una cosa que hasta hoy debió tenerte muy intrigado.

-¿Qué es ello?

Sandro había ajustado su aparato respiratorio y Foran le empujó hacia el exterior. Le vio alcanzar una especie de cilindro metálico, provisto de un reactor minúsculo acoplado a un extremo. De momento, aunque intrigado, no entendió lo que podía significar. Recorrieron, a la inversa que poco antes, el corredor y llegaron al centro de la nave. A la voz del traidor volvieron a deslizarse los paneles corredizos y la luz del sol anuló por completo la iluminación opalescente.

-Dame tu reloj de control a distancia -pidió Foran-. Tus compañeros de aventura van a sufrir una sorpresa.

-¿Qué vas a hacer con él?

-¿No lo adivinas? Veo que la evidencia de tu pequeñez empieza a restarte facultades mentales.

-Casi lo adivino, Foran. Quizá no me cause el asombro que esperas. El registro general señalaba *vacío* de onda cada vez que alguien desaparecía. *Vacío* de onda -recalcó-. No había destrucción de reloj. Llegué a un razonamiento lógico... ¡El reloj no se encontraba en el asteroide!

-Felicidades, hombre de talento. Acertaste. Ahora verás cómo lo hacemos.

-Con el cilindro, ¿no es así? El reactor lo impulsa al espacio y se aleja hacia los abismos interestelares. Cuando pierde potencia ascensional, ya no puede caer en Colvin, puesto que ha salido del radio de atracción. Quizá queda vagando para siempre en el espacio o es atraído por algún astro cercano de los miles que componen el Reino de los Guijarros. ¿Me equivoco?

-Quítate el reloj, Sandro.

-No has contestado a mi pregunta.

-¿Para qué? Tu razonamiento es perfecto. La ausencia del reloj explica el vacío de onda a que te has referido. De nuevo, felicidades.

Sucedió tal como Sandro acababa de exponer en pocas palabras. Foran introdujo el instrumento de control a distancia en el hueco del cilindro, cerró las llaves de seguridad y oprimió el resorte que ponía en funcionamiento el reactor. Zumbando igual que un insecto subió camino del cielo y no tardó en desaparecer dejando tras él una pequeñísima estela

vaporizada.

-El reactor lo llevará a miles de kilómetros de aquí. En estos momentos la onda habrá cesado en el registro del campamento y tus amigos empezarán a creer que estás tan muerto como los restantes desaparecidos.

Sandro estuvo a punto de reír y replicar: «¡Eso crees tú, estúpido! ¡Ellos no necesitan la onda de control para averiguar dónde me tenéis prisionero!» No lo hizo. Cerró los labios con fuerza y, pasados unos segundos, interrogó:

-Todo aclarado, Foran. ¿Qué viene después de esto? No veo tu mágica ciudad por parte alguna.

-Estamos sobre ella.

-¿Qué quieres decir? -gruñó Sandro dando un respingo.

-Que cuando cese 1a suspensión artificial entraremos en la capital del asteroide Colvin. ¡Un lugar que nadie podría descubrir jamás!

-¡Está claro!

-¿De veras?

-Naturalmente. ¡Qué tonto fui al no adivinarlo antes! ¡Una ciudad subacuática! ¡Un reino en las profundidades de este mar!

Foran sonrió, ufano, y le empujó rudamente hacia el interior. Sandro se tambaleó y clavó en él sus ojos encendidos.

-Te estás volviendo muy valiente, Foran. ¡Si no fuese por...!

-No cometas locuras -advirtió el ex-patrullero-. Acepta el trato que te doy, porque después de todo... ¡sólo eres un perro terrestre! ¡Vamos, pasa delante de mí! ¡Se acerca la hora de tu libertad, esclavo!

Le intrigaban las súbitas reacciones de Foran y sus esporádicos ataques de orgullo. Un orgullo incomprensible, puesto que se basaba en la traición a los principios más nobles del hombre. Sin embargo, recordando siempre que su cerebro había perdido el don de recordar sus antiguos votos de fidelidad, no podía condenarle inexorablemente. Era culpable, desde luego. Culpable en último grado por la muerte de los pilotos. Pero en el otro aspecto, el de sus variaciones, de carácter, lo disculpaba porque no dejaba de ser un irresponsable a quien borraron sus virtudes para convertirse en una máquina humana de rencores hacia todo lo opuesto a los credos que regían el asteroide.

De nuevo en la cámara de mandos, ocupó el sillón y comprobó, con alivio, que el renegado no ponía en funcionamiento la corriente eléctrica. Cortó la energía generada para lograr la suspensión artificial y el enorme platillo, chapoteando de panza, se sumergió en el mar. La oscuridad se hizo entonces total. Las pantallas permanecían apagadas y sólo el gurguritante burbujear del agua lamía las finas superficies de *tráspoler*.

Las esferas de medición señalaron el aumento de profundidad. Las distancias estaban representadas por signos cabalísticos, carentes de cifras,

por lo que le resultaba imposible determinarla con exactitud. A juzgar por el tiempo y la rapidez de inmersión -debido al gran tonelaje de la nave-, quizá habían bajado una distancia equivalente a 200 pies. El descenso terminó bruscamente, zumbaron los motores, el aparato quedó estabilizado y avanzó en posición horizontal.

-Ya estamos en Ciudad de Colvin. Ahora nos remolcarán hacia el túnel de vacío... una especie de dique seco donde quedará amarrada la nave. Pasaremos a las compuertas de entrada y tendrás ocasión de ver la capital del Ejército Libertador del Espacio. Nunca llegarías a soñar tal prodigio de belleza y seguridad en estas honduras ignoradas -sonrió satisfecho de su discurso-. No es preciso que te pongas el yelmo. Los conversores de aire funcionan a todas horas.

Unos diez minutos más tarde, debidamente aclimatados a la nueva presión, Foran le condujo al exterior. Salieron empleando el medio habitual y ante las atónitas pupilas de Sandro apareció un inmenso puerto subacuático cuyos abundantes muelles acogían docenas de platillos semejantes al que acababan de abandonar. Era tan dilatado que no podía abarcar toda la extensión con la vista. Los poderosos bloques que formaban los muros de contención, de una materia aparentemente marmórea, centelleaban al recibir los reflejos de la luz opalescente. Seguía imperando el término medio entre sombra y penumbra, lo cual, como antes ya experimentara, infundía rara majestuosidad a la gigantesca obra de ingeniería que componía el túnel de vacío.

Quizá una de las cosas que más contundentemente llamó la atención fue el silencio ermitaño que imperaba. Un lecho de agua, que posiblemente dosificaban valiéndose de niveles, ocupaba los muelles, sirviendo de líquida colcha a las naves almacenadas. Al parecer todas las labores se efectuaban de modo automático y telecontrolado, ya que -a excepción de un par de robots tan enormes como los *doguen* hipnóticos- nadie transitaba por los aerodinámicos embarcaderos. Ante el platillo se veía un trapezoide provisto de antenas y bocachas que recordaban las de unos monstruosos aspiradores.

-¿Qué es? -preguntó Sandro.

-El remolcador. Nos ha arrastrado hasta aquí valiéndose de un procedimiento de absorción. No ha existido contacto material.

-¿Y aquellos robots?

-Están de guardia.

-No veo a nadie más. ¿Es ese todo tu famoso ejército?

-Contamos con miles de autómatas y algunos cientos de prisioneros, convertidos ahora en adictos a la causa. Ya sé que en tu mentalidad terrestre estas cantidades parecen irrisorias. Variarás de idea cuando conozcas el poder ofensivo de nuestras armas. También tenemos casi

terminada la primera creación de *maltosianos*. Un millón de ellos nacerán dentro de poco. Podrán reproducirse a razón de mil por unidad. En menos de un año de Colvin, obtendremos mil millones de soldados fieles en cuerpo y alma.

-¡Mil millones! -musitó Sandro-. Hablas de su reproducción como si fueran dípteros. ¿Lo son, Foran? ¿Qué significa *maltosiano*?

-Criatura sintética. El fruto que los genéticos han tratado de cosechar durante milenios; una mutación tan perfecta que da origen a la vida animada y pensante.

-Lo que dices es... ¡es sencillamente infrahumano!

-No, Sandro. Es maravilloso, científicamente sublime, incomparable. La facultad creadora ya no queda constreñida a la sabiduría de un Sumo Hacedor. *Nosotros* podemos sembrar el Universo de una especie nueva. ¡Controlamos los genes de vida para un futuro inmediato!

-¡No puedo creerlo!

-Te comprendo. No puedes creerlo... todavía. Necesitas la evidencia. Tendrás evidencia, tú y cuantos incrédulos viven desprevenidos en los territorios interespaciales, por valor de mil millones de pruebas vivas, poderosas... ¡y dispuestas a invadir todo cuanto se conoce!

-¡Foran!

-Cállate. Basta de charla. Pasa delante de mí y avanza hasta aquella cabina acristalada. Vamos a entrar en la ciudad. He recibido un mensaje por ondas cerebrales y el profesor está impaciente. ¡No más preguntas! -atajó-. ¡Sabrás lo conveniente a su debido tiempo!

Sandro anduvo maquinalmente en la dirección indicada. ¡Mecánica genética! ¡Mutaciones! ¡Especies vivas producidas artificialmente! Le invadía un malestar indescriptible. Algo parecido a la desazón que antecede a los vómitos. ¡Aquella aberración resultaba demasiado horrible! ¿Qué sería del género humano y los especímenes pacíficos que poblaban los astros colonizados, agrupados en la gran rama de las razas extragalácticas? ¿Cómo contener la invasión de millones y millones de seres hostiles? ¿Cuál era el medio para atajar la oleada maldita que se estaba incubando en los recintos procreadores de la Ciudad de Colvin? ¡Horripilante!

-Agárrate bien -dijo la voz de Foran Ymo llegando a su mente como desde muy lejos-. El transportador nos llevará a velocidad supersónica. ¿Preparado?

Estaba dentro de la cabina acristalada. Asió las anillas de plástico y se encogió de hombros. Algo estalló a sus pies y luego, sintiendo un vértigo que originaba contracciones estomacales, adivinó más que comprendió la supersónica velocidad desarrollada por el transportador que les encerraba en su cámara neumática. El recorrido por encima de las compuertas fue brevísimo. Quizá un minuto como máximo. Antes de que el aturdimiento se

acentuase, cesaron la presión y los pinchazos ventrales. El fantástico salto había terminado.

Se halló en otra cabina igual, sujeto a la anilla, como si nunca se hubiese movido del sitio... ¡a pesar de haber pasado casi rozando la bóveda colosal que encerraba toda la capital lo mismo que una concha nacarada a la perla incalculable! Empezaba a sentir miedo.

¡Sí, miedo! Foran podía ser un traidor, los prisioneros mentes esclavizadas en las antiguas envolturas carnales, pero había algo más, algo infinitamente más estremecedor. ¡El profesor Colvin era un sabio loco! ¡El Universo en sus manos desaparecería! ¡La gran colisión que desmenuzaría todo lo conocido iba tomando forma siniestra en aquel demoníaco asteroide!

-Mira nuestra ciudad -manifestó Foran abarcándola con un amplio ademán de sus manos-. Es preciosa, ¿verdad? Todo perfecto. Sólido. Indestructible. Fíjate cómo refulgen los edificios y el pavimento de acero cristalizado. Es una lámina delgadísima, pero resistente. ¡Acero cementado en polvo de diamantes! ¿Ves aquellas bocas? Son las entradas a las cavernas donde se almacenan armas de todo género. ¡Las armas de la reconquista! ¿Qué opinas de ella, Sandro? ¿No te parece maravillosa?

-No. Me produce aversión, asco, invencible repugnancia -clavó sus duros ojos en los huidizos de Foran y agregó-: Lo mismo que si me encontrase metido en un nido de ratas. ¡Ratas hediondas, Foran! ¡Eso es lo que sois vosotros!

Foran Ymo hizo entonces algo que en el D.E.I. estaba penado con la expulsión inmediata. Le escupió en pleno rostro. Sandro Warren, el valiente capitán explorador, recibió en su mejilla la contestación del hombre que meses atrás fue su mejor amigo. Nunca podría perdonárselo.

CAPÍTULO IV
EL GRAN LIBERTADOR

Un autómata barnizado de gris plomo le condujo al cuarto que Sandro calificó de calabozo. Tal vez no lo parecía, al menos atendiendo a la versión que de ellos se ofrecía en la Tierra. La característica luz opalescente, obligada por algún artículo del absurdo Código de Colvin, lucía atenuada. Carecía de muebles, adornos y utensilios que hubiesen podido servir para sentarse o dormir. Las paredes sin laminado, de una sola pieza, estaban desnudas. En lo alto del techo, detrás de un enrejillado delgadísimo, se veía el purificador de aire y la regulación oxigenada. No hacía frío ni calor; temperatura estable y cómoda. Pero era un calabozo. No podía equivocarse.

Durante el tiempo que medió desde la salida de la cabina de traslado hasta que Foran le dejó bajo la vigilancia del robot, pudo contemplar algunos de los aspectos generales de la ciudad. Era ciertamente hermosa. De una hermosura modernista y práctica. Puesta al lado de las urbes industriales terrestres llegaba a superarlas y servía a la perfección como modelo. Todo habla sido sabiamente diseñado, construido y emplazado en el lugar conveniente. Su realización, tratándose de una capital subacuática, otorgaba a los ingenieros categoría de titanes y les hacía merecedores del máximo reconocimiento. A falta de algo mejor, sentándose filosóficamente en el duro suelo, apoyó la espalda en la pared y recordó lo que llevaba visto, sintiéndose por instantes más maravillado.

Las calles, de trazado rectilíneo, estaban bordeadas de edificios transparentes, dotados de cintas en espiral que facilitaban el acceso a los pisos en breves instantes. Funcionaban aceras rodantes. Se veían comercios automáticos para racionamiento y almacenes donde se adquiría lo necesario previo el picado en cierta tarjeta que parecía ser de patrimonio de todos, incluyendo máquinas y criaturas humanoides, algo así como una insuperable comunal regida por multivibradores, resortes térmicos y aparatos electrónicos. Vio, también, bastantes habitantes. Los autómatas abundaban por doquier... aunque entre ellos se mezclaban variedades orgánicas.

Algunos hombres, quizá arrebatados de las colonias de la Tierra, marcianos, criaturas astrales, ciudadanos del espacio, exponentes heterogéneos de mundos diversos... Una amalgama desconcertante. Si alguna vez regresaba a la Base Lunar podrían quedar aclaradas docenas de desapariciones ocurridas en el espacio durante los últimos años. El asteroide Fymo los había atraído, igual que atrajo la nave patrullera de Foran, y su pérdida fue achacada a circunstancias accidentales.

Acabó fatigado de tanto meditar, hacerse preguntas e hilvanar

conjeturas. Cuanto le rodeaba parecía inconexo y abrumador. Faltaba el quid de la cuestión, el eslabón que uniese la gran cadena, y era inútil esforzarse en un empeño que sólo podía desembocar en el fracaso. El origen de todo radicaba allí en Ciudad de Colvin. El profesor era la clave. Sandro poseía ya su teoría. Una teoría que necesitaba de confirmaciones. «Paciencia -se dijo mentalmente-. Has aguardado lo bastante para llegar hasta aquí. Sólo es cuestión de poco tiempo».

Un par de horas después recibió la visita de un autómata distinto al que le custodió. Llevaba un recipiente conteniendo una sopa pastosa, blanca, de alto valor nutritivo y sabor glucosado. No pudo terminarla a pesar de su apetito, porque se sintió harto antes de llegar a la mitad. Un dulce sopor le invadió. Se tendió en el suelo y no tardó en conciliar el sueño. Nunca supo las horas que transcurrió en aquel letargo. Ni le importó. Al despertar se sintió mejor que nunca, libre de preocupaciones y físicamente renovado.

* * *

Estaba persuadido de que el profesor Colvin, de modo voluntario o aconsejado por alguien, tenía el propósito de concederle privilegios especiales. El haber enviado al *comandante* Foran Ymo en su busca, desdeñando a los *doguen*, era buena prueba de ello. También el trato de que fue objeto, aparte las brusquedades del renegado, coadyuvaba a esta creencia. Todo ello, repasándolo fríamente, le inclinaba a suponer que no tardaría en verse conducido ante el jefe inmediato o, quizá, el propio profesor. Lo esperaba. .Por eso aceptó de buen grado la noticia y se plegó obedientemente al mandato.

La noticia le fue transmitida, en perfecto inglés, mediante un parlante instalado en el calabozo. El informador anunció que sería llevado a presencia del Gran Libertador y que un *doguen* se encargaría de conducirle. Poco después, la puerta se deslizó hacia un lado y entró, pausadamente, un autómata gigante, idéntico en todo a los que atacaron el campamento del D.E.I. Su ojo electrónico le miraba sin parpadeos y Sandro apartó la vista instintivamente. Sin embargo, la temida reacción no se produjo.

Ninguna influencia perniciosa llegó a perturbar su mente. El soldado mecánico se puso en movimiento y el joven le siguió hasta una jaula parecida a los elevadores ultrarrápidos de la Base Lunar. Cuando el cajón se puso en movimiento y una aguja corrió a la inversa en la esfera graduada, comprendió que estaba descendiendo al fondo de la ciudad, tal vez a lo más profundo de aquel mar habitado por seres incomprensibles, recto al corazón de la capital y, por lo tanto, a la sede del máximo jerarca que gobernaba en el asteroide.

Siempre custodiado por el autómata hipnótico abandonaron el elevador -descensor en este caso- y anduvieron por un pasillo apenas alumbrado. La

luz opalescente, en contraste con la penumbra grisácea que reinaba allí, hubiese parecido un derroche de iluminación. Una rampa larguísima, bordeada por muros lisos y gruesos, se extendía ante ellos. Al pisarla, Sandro advirtió que estaba dotada de movimiento y les trasladó por espacio de unos cinco minutos. El robot le tocó con sus papilas adhesivas y saltó a un lado, dándole a entender que debía imitarle. Desde allí, atravesando una serie de puertas que se abrían automáticamente, llegaron a un salón circular, inmenso, sumido en la oscuridad. El ojo electrónico parpadeó varias veces y un *voltoarco* lució con intensidad en contestación al mensaje.

-Aguarde ahí, capitán Warren -dijo entonces una voz amplificada-. El Gran Libertador será visible para usted dentro de unos instantes.

Sandro no pudo contener un estremecimiento al escucharla. No provenía de un lugar determinado, sino que ocupaba toda la extensión del dilatado salón, como filtrándose por las paredes, el techo y el mismo suelo poroso que pisaba. Pensó que la instalación acústica pertenecía a un sistema perfectísimo. El autómata, cumplida su misión, se retiró en silencio.

Esforzándose en ver a pesar de la oscuridad, descubrió una serie de columnas que mantenían en alto la gran cúpula central. El pasmoso silencio que imperaba llegó a parecerle paradójicamente ruidoso. Latía algo funesto en torno a él, indefinible, pero innegable. ¡Sabía que *alguien* le estaba observando! Un rayo de luz roja fluyó de las paredes y culebreó por el suelo hasta detenerse ante él, alumbrando una especie de minúsculo taburete brotado de la nada.

-Siéntese, capitán Warren. Se halla en presencia del Gran Libertador. ¡Loado sea por siempre!

Obedeció con ademanes tensos y mientras lo hacía comprobó que una cadena de tubos de luz difusa -menos intensa que la opalescente- esparcía tenue claridad hasta dejar el salón débilmente iluminado. Tal circunstancia, aunque no dejaba contemplar la magna hermosura de la pieza en toda su plenitud, permitía, al menos, descubrir perfiles, relieves y masas compactas. Pudo componerse una idea aproximada del lugar.

Desde luego, la impresión de inmensidad seguía persistiendo en su ánimo. Deseando compararlo con algo conocido, pese a no existir nada concretamente igual, se dijo que podía considerarlo una increíble sala de conferencias por sus vastas dimensiones. La levísima luz ayudaba a localizar algo semejante a una enorme tribuna presidencial situada casi frente a él. Sillones de altísimo respaldo, con los bordes rematados por un cincelado áureo de fantástica fosforescencia, la ocupaban. En el del centro, que más parecía un trono propio para un monarca gigante, descubrió la figura borrosa de un ser viviente. A medida que iba captando sensaciones y

sus ojos se habituaban al deficiente alumbrado, advirtió que los cuatro menores situados a ambos lados del sillón presidencial acogían a ocupantes que asistían al acto en completa inmovilidad. El clima de aquella entrevista, que resultaba indescriptible, en detalle, infundía un respeto casi supersticioso, sobrenatural, marcadamente impresionante, hasta para un hombre de los nervios de Sandro Warren. No podía distinguir los rostros, pero los espesos mantos que vestían, a modo de ricos ropajes medievalistas, le afianzaban en su concepto de que se hallaba ante criaturas psíquicamente desequilibradas. Una voz profunda, de tonos proféticos y hablar mesurado, abrió la sesión con estas palabras:

-No tiene nada que temer, capitán Warren. Nos hemos reunido en consejo para salvarle. Sólo para salvarle.

-¿Quién es usted? -preguntó Sandro.

Había alzado la voz porque deseaba que ésta llegase a la colosal tribuna. Su pregunta retumbó como un trueno a causa de la gran resonancia del salón y desechó de su mente la idea de que sus enemigos hablaban valiéndose de amplificadores. No hacía falta. ¡Toda la estancia era un gran amplificador que multiplicaba las ondas sonoras!

-Está nervioso, capitán. No es necesario que grite. Le escuchamos tan bien como usted a nosotros.

-Lo tendré en cuenta. No estoy tan nervioso... como creen. Pero ahora respondan a mi demanda. ¿Quiénes son y qué pretenden con tanto misterio?

-Somos los cerebros que dirigen el movimiento de reconquista universal y pretendemos que usted se adhiera a él, porque nos consta que es hombre dispuesto a defender las causas justas.

-No alcanzo a comprender la justicia de su causa -replicó el joven con gallarda insolencia-. Si por un momento han llegado a suponer que podía secundarles en sus turbios manejos, abandonemos las ambigüedades y háblenme en términos comprensibles. Quiero saber sus nombres. El por qué de muchas cosas oscuras. Y, naturalmente, no tomaré determinación alguna hasta que contesten.

-Queremos ayudarle... pero no ser interrogados, capitán. Recuerde que podríamos haberle matado. Usted llegó a Colvin al frente de un grupo armado a quien prácticamente consideramos enemigos. De hecho, también es usted nuestro enemigo. Debe limitarse a obedecer.

-Antes dijeron que pensaban ayudarme.

-Y lo mantenemos. Tiene mi palabra.

Sandro forzó una risita que intentó convertir en irónica.

-No es muy convincente la palabra de un ser impersonal. Aún no he podido ver su rostro, ni conozco su nombre, ni...

-Soy el Gran Libertador. El comandante Foran ya le habrá explicado

algo sobre mí.

-Muy poco. Casi nada. De su explicación he deducido, tan sólo, que el Gran Libertador es un visionario maníaco, cuya razón está nublada por fantasías y quimeras absurdas.

-Es usted un prisionero.

-¡No puedo aceptar su palabra como buena, a pesar de ello! ¡Pertenezco a un planeta donde el honor es patrimonio de personas respetables!

Sandro aguardó la réplica con todos los sentidos agudizados. Esta tardó en llegar. Su propósito de no dejarse avasallar por nadie, pese a su manifiesta inferioridad de condiciones, quedaba patente nada más iniciarse el duelo dialéctico... si es que sólo se proponían atormentarle con palabras. Durante la corta transición vio agitarse a los ocupantes de los sillones contiguos al trono y escuchó frases murmuradas en una lengua desconocida para él.

-Tiene usted el genio muy vivo, capitán -dijo, al fin, el Gran Libertador-. Su imprudencia debía ser castigada en la balsa de ácidos. Pero hay algo que le disculpa y que acepto como atenuante a favor suyo. No tomaré en consideración lo ocurrido en vista de su ignorancia sobre nuestras leyes.

-No me inquietan sus leyes. Las creo tan fútiles como sus pretensiones. Sé que nunca llegarán a realizar lo que se proponen.

-Por su forma de hablar deduzco que el comandante Foran le insinuó algo. Usted sabe ya bastante. Responda categóricamente: ¿Quiere ser salvado voluntariamente... o prefiere que lo hagamos en contra de su voluntad?

-Esa pregunta tiene muchas respuestas. Demasiadas para hacerlo de modo categórico. Aunque, para que lo sepan de una vez, debo advertirles que tendrán que someterme al mismo tratamiento empleado con el traidor Foran Ymo. Voluntariamente, jamás me uniré a su rebaño de locos.

-¡Repórtese, capitán Warren!

-Ahora es usted quien alza la voz... y se pone nervioso. Debo considerar un triunfo haber irritado al Gran Libertador. ¡Está ciego! ¡Su causa es tan noble que hasta el último miembro pensante de su ejército ha sufrido operaciones cerebrales para borrar de su memoria todo vestigio de honor, patriotismo y dignidad! ¡No cuenta ni con un sólo voluntario!

-Si me obliga a adoptar las medidas adecuadas... lo lamentará mientras viva, Sandro Warren.

-La muerte es el último castigo que puede imponerme. Yo soy un soldado. Juré una bandera y ofrecí mi sangre por un mundo donde los dementes de su calibre se aíslan para que no causen mal a nadie. ¡Estoy dispuesto a morir antes que traicionar mi juramento! Si es esto lo que querían saber, ya lo saben. He visto lo suficiente al tratar con ese idiotizado

a quien llaman comandante Ymo. Antes era un hombre. ¡Ahora es un muñeco, dotado de un cerebro más simple que el de cualquier robot doméstico! ¡Puede estar agradecido a su bondadosa ayuda!

Volvió el silencio y los murmullos subieron de tono. Sandro había recobrado el pleno dominio y se sentía el fiel exponente de la raza superior que gobernaba todas las galaxias. ¡Era un hombre! ¡Un habitante del planeta Tierra! ¡Nunca traicionaría al Cuerpo Expedicionario Terrestre!

-¿Por dónde quiere empezar, capitán Warren? Pregunte.

La inesperada respuesta le pilló desprevenido. No la esperaba. ¿Significaba aquello que el Gran Libertador accedía a sus deseos? ¿Por qué?

-¿Cómo debo interpretar sus palabras?

-Repito que deseamos ayudarle. Usted lo comprobará... y variará de conceptos. Es pronto para que entienda el gran significado de nuestra meta. Le costará asimilarlo, porque todavía piensa como un terráqueo vulgar. Voy a concederle la oportunidad que ha solicitado. Pregunte y aclararé sus dudas. Deseo borrar de su imaginación la idea de que se halla ante perturbados.

-Son muchas mis dudas.

-No importa. Los miembros del Consejo consienten en otorgarle ese privilegio.

-Supongo que lo hacen en plan de experimento, ¿verdad? De todas formas, yo no soy un peligro para su seguridad... puesto que una operación quirúrgica separará de mi cerebro los recuerdos que más podrían perjudicarles. He pensado mucho. Especialmente, desde que supe que el asteroide llevaba por nombre Colvin. Creo que acabo de dar con la solución. ¡Lástima no haberlo comprendido antes!

-¿Espera que le sirva de algo?

-Ya he dicho que no. Pero celebro que sean ciertas la mayor parte de mis suposiciones. Todos los prisioneros, los seres orgánicos que forman la soldadesca de su cacareado ejército de la libertad, fueron capturados por los autómatas. Alguien construyó los autómatas. ¡Y ya tengo la clave! En el Universo existían dos ingenieros capaces de realizar una obra tan colosal como esta ciudad subacuática. Ambos fueron deportados de la Tierra porque sus ambiciosas ideas llegaron a convertirse en una enfermedad mental. También recuerdo la historia de un técnico electrónico insuperable... que enloqueció al fallar su teoría sobre el aislamiento espacial del planeta Marte. ¡Sí, caballeros! ¡Ahora lo estoy viendo todo claro! Sus palabras han sido para mí como una inspiración: *Deseo borrar de su imaginación la idea de que se halla ante perturbados*. ¡Ustedes son los deportados de varios planetas gobernados por el Comité de Seguridad Universal! Y la deportación se firmó... ¡al comprobarse que varios sabios

notables acabaron locos en sus laboratorios!

-Está diciendo tonterías...

-¡Estoy diciendo la verdad! ¡Son una camarilla de desequilibrados! Yo vi aquellos informes. Acababa de ingresar en el Departamento de Exploraciones Interplaneterias y seguí un curso de capacitación. Recuerdo, también, el sensacional proceso a que fue sometido un genético a causa de una mutación horrible compuesta por un animal... ¡y su propia esposa! No le condenaron a muerte, porque la demencia llevó al ánimo del jurado la certeza de su irresponsabilidad. Pero esto no es todo... Cayó en mis manos un informe del cirujano más eminente de la Tierra. El doctor Koppausen, un europeo capaz de conseguir injertos cerebrales increíbles. ¡También le atacó la locura!

-¡Cállese! -gritó una voz estridente, chillona y aterrada-. ¡No es cierto nada de lo que dice! ¡Estoy perfectamente cuerdo!

-Usted acaba de demostrar lo contrario -contestó Sandro poniéndose en pie y apuntando a la tenebrosa tribuna con un acusador índice-. ¡Usted ha sido el primero en delatarse., doctor Koppausen!

La audaz afirmación de Sandro cayó en el dilatado salón como una bomba de extraordinaria potencia. Sus pupilas, tras la conversación anterior, habían llegado a un grado de adaptabilidad con la penumbra que podía distinguir casi a la perfección la tribuna y cuanto le rodeaba. Uno de los miembros, que acababa de incorporarse y se frotaba las manos nerviosamente, fue tan visible para él como si se hallase a pleno sol. Era pequeño, enclenque, de rostro ratonil afilado por la puntiaguda barbita blanca. Aunque no podía verle al detalle, sus rasgos generales revelaban la verdadera identidad. Ante él... ¡se hallaba el hombre que en las superfotografías del informe respondía por Nomo Koppausen!

-Muy agudo, capitán -admitió, pasados unos segundos de estupor, el Gran Libertador-. Siéntese, doctor. Y tómelo con calma. Nuestro prisionero acaba de descubrirle. Eso no me inquieta, en realidad. Al contrario, ya que pronto se convertirá en uno de nuestros fieles y *convencidos* soldados. Es sólo la demostración palpable de sus excelentes dotes retentivas.

-Creo que ahora podría identificarles a todos ustedes -agregó Sandro, henchido de satisfacción y energía-. Siguiendo la línea ascendente de mis recuerdos basta atar los cabos sueltos para llegar al final. ¿No teme que pueda averiguar también su nombre, Gran Libertador?

-No. Es más... supongo que acaba de conseguirlo.

-En efecto. Su verdadero nombre es Darriven H. Colvin. ¡No puedo equivocarme! ¡Es usted el maléfico genético que sacrificó la vida de su esposa por lograr una mutación bestial!

-La sacrifiqué por la Ciencia... lo mismo que hubiese hecho con mi misma vida si alguien me propone algo semejante. ¡Soy un creador! ¡Puedo

convertir elementos constitutivos en criaturas vivas! ¡El protoplasma es el soplo de la existencia animada! ¡Yo soy el único que...!

-Es usted un loco, profesor Colvin!

-Llámeme como le plazca. Estoy acostumbrado a los peores insultos y hasta sufrí la deportación y el cautiverio en la penitenciaría más inhumana del espacio. ¿Ha oído hablar del Penal Supremo Se encuentra enclavado en la jungla de Mercurio -siguió antes de que el joven pudiese responder-. Ningún recluso ha llegado a vivir más de cinco años en sus celdas donde jamás entra la luz del sol... y el aire es tan tóxico que vence a los purificadores. Hasta los propios guardianes de la fortaleza son relevados a los sesenta días terrestres de permanencia. Me ha llamado loco. Quizá lo sea, porque todo enloquece en Mercurio. Las plantas, los animales y el clima... ¡La locura se adueña del planeta tórrido! Pero yo no soy un demente del cerebro, sino del corazón. ¡El odio y la sed de venganza corren por mis venas! ¡Algún día les obligaré a pagar caros sus insultos y los habitantes del espacio conocido caerán de rodillas ante mí, implorando un perdón que nunca llegaré a otorgarles! Usted y millones de seres creados por mí... ¡me ayudarán a conseguirlo!

-Me hablaron del Penal Supremo -dijo Sandro con voz enronquecida por la emoción-. Sí, profesor Colvin. Usted fue llevado allí para cumplir la condena impuesta. La opinión pública protestó cuando pretendieron internarle en un sanatorio y, tras largo debate, conmutaron la pena capital por reclusión perpetua en Mercurio.

-¡Exacto! ¡Fui encarcelado en la penitenciaría! ¡Todos decían que debía servir de escarmiento! Les odié por ignorantes, por crueles y por... muchísimas razones más. Si no ha estado en Mercurio no alcanzará a entender lo que yo sufrí durante infernales meses. Ya le he dicho que la vida humana carece de valor. Los presos mueren al poco tiempo... ¡descomponiéndose en unas horas! Mercurio es un enorme matadero, donde el sacrificio alcanza proporciones increíbles. Desde que despertaba hasta que volvía a conciliar el sueño permanecía a oscuras, totalmente en tinieblas. No me volví ciego, pero, igual que todos los compañeros de cautiverio, contraje una enfermedad conocida actualmente con el nombre de *photofobia*. ¡Fobia a la luz! Hasta el fulgor de las estrellas me hubiese producido entonces dolor en los ojos. Aborrecí todo lo que representase claridad. Y juré con toda mi alma, que jamás volvería a vivir bajo la luz del sol.

-Le comprendo... pero no le disculpo. Eso confirma otra de mis teorías. Esta misma enfermedad, la *lumenfobiosis* o *photofobia*, también atacó a sus camaradas... los que más tarde se convertirían en colaboradores de su rencorosa venganza falsamente bautizada con el sobrenombre de reconquista universal. Pude comprobarlo anoche. ¡Cuando una simple

linterna bastó para hacer retroceder a los autómatas que atacaron el campamento!

-Sí... Tomex y Mario, técnicos en robótica aquí presentes, construyeron los primeros *doguen* cuando arribamos al asteroide... Trabajábamos en cavernas, cuyos agujeros fueron taponados para impedir filtraciones luminosas, pero la fobia había echado tan profundas raíces en nuestras mentes que hasta los cerebros positrónicos fueron fabricados con un resorte antimotor contra la luz directa. Cuando pudimos construirlos en serie, todos salieron de las cámaras con este defecto. No era difícil para Tomex, o el mismo Mario, subsanar tal deficiencia. Mas no lo hicieron. Dictamos un código con artículos prohibitivos sobre la luz. Forma parte de nuestra vida pasada y será respetado en el presente y el futuro. ¡Todo el Universo se regirá por el Código de Colvin! ¡Todos sabrán lo que es el Penal Supremo de Mercurio!

-Algún día despertará de su sueño, profesor. Y el despertar será tan amargo que quizá no lo pueda soportar.

-Cuando despierte será para reinar en la inmensidad del espacio. ¡Me convertiré en el emperador invencible! ¡Nada ni nadie podrá derrocar mi dominio!

-Quisiera hablar un poco más sobre su llegada al asteroide. Hemos comenzado y no sería lógico ocultarse tras inútiles bastidores. Dígame una cosa, profesor: ¿Cómo lograron escapar de Mercurio?

Darriven H. Colvin hundió la cabeza entre sus manos sarmentosas y pareció sumirse en un éxtasis reflexivo. El silencio volvió a pesar sobre las cosas, vivientes e inanimadas, espesándose como una despótica malla opresiva.

-El doctor Gordon -contestó por último, señalando al hombre situado a su izquierda- nos facilitó la fuga. Ha vivido mucho tiempo en Marte y posee poderes telepáticos. Averiguó que los centinelas estaban aterrados, porque acababa de declararse una epidemia en Mercurio. Una vez al día, el carcelero penetraba en su celda para llevarle los alimentos. Logró establecer contacto telepático con su mente y producirle una hipnosis que acentuó su terror. El hombre acabó por ser un juguete en sus manos y actuó de enlace mental con los restantes reclusos. Convinimos en intentar una evasión en masa y empezamos a madurar el proyecto para que todo se realizase sin el menor contratiempo. Fue sencillísimo. Tal como teníamos previsto abandonamos el penal y salimos al exterior en plena noche. Los detalles son demasiado minuciosos para relatarlos, capitán.

-¿De qué medio se valieron para alejarse de Mercurio?

-Sólo existe un medio: las astronaves. Robamos una de ellas, la de tipo transporte más grande que había en el cohetódromo militar, y emprendimos el viaje interplanetario. Todo fue calculado al milímetro y tuvimos tiempo

de disponer cada detalle por ínfimo que pareciese. En la espacionave llevábamos alimentos congelados para varios meses de duración. En ella teníamos, también, los primeros utensilios prácticos que facilitarían la supervivencia a nuestro grupo dondequiera que- nos llevase el destino. Sin embargo, había dos peligros que era imprescindible soslayar: la falta de combustible y la detección de las patrullas enviadas en nuestra persecución. El primero nos inquietaba más que el otro.

-¿Por qué?

-Porque el profesor Wilson era capaz de conseguir una completa inmunidad a nuestro aparato, algo semejante a la *no existencia* dentro de la existencia misma. ¿No leyó nada sobre el profesor Wilson, capitán? Es el técnico electrónico a quien motejaron de anormal porque expuso su teoría del *aislamiento planetario* y falló al hacer las pruebas en Marte. Wilson podía lograr que una masa de enorme volumen *desapareciese en el espacio* óptica y radáricamente. Sólo chocando con ella se llegaba al convencimiento de que existía. ¿Me comprende?

-Sí. Wilson aplicó sus estudios a la astronave... y ésta cruzó las regiones interestelares sin ser detectada por las patrullas de control... ¡porque no existía!

-Exactamente. No creo que se atreva a llamarle loco después de conocidos los resultados. Si le hubiesen dejado proseguir en sus investigaciones habría alcanzado el éxito más resonante que registran los siglos. Lo ha alcanzado, esa es la verdad, mas debemos guardarlo en riguroso secreto. Como a tantos sabios, el premio a sus aspiraciones fue el Penal Supremo. ¡Ya lo lamentarán! ¡Una flota de diez mil navíos de guerra caerán sobre la Tierra sin que nadie pueda advertir su presencia!

-Lo comprendo todo, profesor Colvin. ¡Y me aterra esta comprensión! Los informes televisados anunciaron la evasión de Mercurio y llegaron a todos los rincones del Universo... ¡pero nadie era capaz de descubrir el paradero de los fugitivos! Es horrible pensar que los tenían a tan poca distancia... ¡sin saberlo! Supongo que estos mismos principios son los que emplearon para aislar al asteroide del resto del Sistema Solar.

-Sí. Wilson lo hizo. Una barrera electrónica nos protege durante la noche.

-¡Era lo que yo había supuesto por intuición! ¿Y durante el día?

-Ghiglider, nuestro admirado químico biológico solucionó el problema, ya que la barrera electrónica devora un consumo de energía superior a las posibilidades generadoras. Lo hizo creando una nebulosa oscura, incrementada, extraída de las secreciones naturales de un animal indígena parecido al...

-¡Al brontosaurio terrestre! -se anticipó Sandro incontenible.

-Es usted digno de figurar entre nosotros, capitán. Posee inteligencia

despierta y grandes recursos. Ha vuelto a acertar.

-¡Qué estúpido he sido! ¡Tenía las respuestas al alcance de la mano desde hace tiempo! Ahora me explico la fuerza de atracción que llevó la nave patrullera de Foran Ymo hasta aquí. ¡Ustedes lo guiaron por ondas! ¡De ese modo habrán capturado a muchos otros! Él pudo transmitir en cadena ¡pero la barrera electrónica impedía la recepción de las respuestas! El profesor Gingo y Morrow estaban en lo cierto. Pero...

-¡Pero lo ha sabido tarde, eso es lo que debe admitir! Ya no hay remedio. Usted es el único hombre que podría explicarles lo ocurrido y anticiparles lo que les espera. Inútil. Pronto será tan fiel a nosotros como el propio Foran Ymo. El doctor Koppausen cambiará su cerebro hasta dejarlo tan sumiso que...

-¡No se atreverán a hacerlo!

-Ya lo verá, capitán Warren. Le será imposible recordar nada de cuanto hemos hablado.

-Bien... -aceptó Sandro, luchando por dominar su indignación y anhelando reconstruir todo el rompecabezas-. Si al fin he de convertirme en su esclavo, creo que no tendrá inconveniente en explicarme el resto de la historia.

-Ninguno. Siga preguntando.

-¿Cómo llegaron hasta aquí? El viaje no puede hacerse en una espacionave transporte. Me consta que...

-El viaje puede hacerse... *porque nosotros lo hicimos*. Fue muy lento, esa es la verdad. A veces pasamos semanas enteras parados en el espacio por falta de combustible. Pero siempre atraíamos alguna nave y renovábamos los depósitos.

-¿Qué fue de aquellas naves?

-Las destruimos. Y no se moleste en preguntarme por sus ocupantes. Pertenecen al Ejército Libertador del Espacio.

-¿Por qué razón se alejaron tanto de los planetas centrales?

-Para eliminar la posibilidad de que nos encontrasen. Un hallazgo fortuito hubiese hundido nuestros planes. Al dejar atrás a Marte e internarnos en el Reino de los Guijarros, pudimos considerarnos definitivamente a salvo. No actuamos así por mero capricho. Era necesario y mis camaradas opinaban como yo.

-Hay algo que no entiendo: La existencia del asteroide. Admito que gracias al invento del profesor Wilson pudieron *ocultarlo* y hasta eliminarlo de la existencia espacial durante la noche. Por el día, igualmente, la nebulosa lo mantenía oculto. Pero... ¿cómo no se dieron cuenta antes los Organismos de Cartografía Espacial? El asteroide *debía estar* registrado en los mapas.

-En efecto... pero no como tal asteroide.

-¿Qué quiere decir? Acaso era antes otra cosa...

-Lo que oye, capitán. Usted sabe que existen miles de rocas flotando en el vacío. Son tan pequeñas que carecen de vida o, de existir, es insignificante. Su masa es tan reducida que apenas sirven como plataformas de aterrizaje. Esta multitud de cuerpos celestes, desdeñados por los colonizadores, se agrupan en una categoría común: superguijarros sin valor. ¿No es así?

Sandro afirmó, empezando a vislumbrar la verdad.

-¿Quién se preocupa de ellos? Nadie. Por eso nos instalamos primitivamente en un superguijarro. A medida que nuestras necesidades se hacían mayores atraíamos otro asteroide minúsculo y lo fundíamos con el inicial, dándole mayor tamaño. No creo necesario explicarle el proceso. Gravitan en el espacio sin fuerzas que los hagan variar. Una simple corriente magnética basta para liberarlos de su órbita y llevarlo hasta la nuestra. En realidad, Colvin es un conglomerado de dieciséis pedazos a la deriva, y por tal motivo sus investigadores hallaron contrastes orográficos, biológicos, atmosféricos, físicos y geológicos desconcertantes. Especies inconexas vivían sobre capas glaciares anteriores o posteriores a su aparición. La coordinación no aparece y esto crea el confusionismo. Después, convertido ya en un astro de dimensiones apreciables, pudimos proseguir nuestra tarea sin que nadie, ni siquiera las bases próximas del D.E.I., llegasen a sospechar el nacimiento de un cuerpo celeste a escasa distancia de los ya conocidos, clasificados y sometidos al dominio de los tiranos terrestres.

-Una última pregunta.

-Diga.

-¿Inocularon al capitán Galloway algún virus mental, profesor? Le agradecería una respuesta sincera. Sabe a quien me refiero, ¿verdad?

-Desde luego. Galloway era el hombre que capitaneaba la expedición terrestre anterior a la suya. No; no hicimos tal cosa. Me enteré de lo ocurrido por los relatos *cerebroanalíticos* extraídos a los prisioneros. Debió tratarse de un accidente. El microbio que le produjo la amnesia y después la muerte, se desarrolla en las selvas del asteroide. Debió atacarle y convertirse en su paraíso durante alguna de las incursiones que realizaron jungla adentro para buscar rastros del paradero de Foran Ymo

Sandro se pellizcó la barbilla y meditó unos instantes.

-Está perfectamente claro -monologó después-. Es bien fácil de entender. Conocíamos los efectos, pero ignorábamos las causas. Ahora, sabidas las causas, todo resulta de una lógica aplastante. No hay nada sobrenatural -añadió con firmeza-. Ustedes componen un grupo de mentalidades científicamente brillantes y, por tanto, los resultados han sido excelentes. Han realizado una obra insuperable, gigantesca, valiéndose de

los precarios medios que tenían al alcance al comenzar. Si no hubiese sido alentada por el odio y la venganza, esta labor magnífica merecería figurar en los anales históricos del Universo.

-Empieza a sentir admiración, ¿verdad?

-Es una mezcla de admiración y lástima, profesor Colvin. Sigo considerándolos un puñado de locos. O simples paranoicos, con fases de lucidez. Pero sus mentes están enfermas.

-¡No vuelva a repetir esas palabras! He respondido a sus preguntas con toda cordialidad. ¡Basta! Ahora tendrá que someterse a mi interrogatorio. ¡Necesito saber el medio de que se valieron para capturar los *doguen* hipnóticos!

-¡Eso tendrá que averiguarlo por su cuenta!

-Usted me lo dirá, capitán. ¡Enseguida! O de lo contrario, sufrirá la exploración de un cerebroanálisis despiadado.

-No me asustan sus amenazas. ¡Me niego a revelarle la verdad!

-Escuche, Sandro Warren. ¡Mi paciencia se ha colmado! ¡Usted no puede suponer los medios de que dispongo para hacerle variar de idea! Por última vez le conmino a...

El Gran Libertador, que hablaba con la exaltación propia de una persona que ha perdido el dominio de sí mismo, se interrumpió de golpe y alzó ambas manos, Reclamando silencio que le había sido ya concedido por anticipado. Transcurrieron varios minutos de latente tirantez, en medio de un suspenso galvanizante y torturador, inmenso. Luego, con voz que parecía ausente, notificó:

-No es preciso que nos diga nada por ahora, capitán Warren. Me informan que el comandante Ymo ha caído víctima de una extraña enfermedad... que produce en la piel ampollas como quemaduras. Hemos de investigar al instante a qué obedece. Seguiremos la charla después.

El enorme salón se oscureció y la tribuna presidencial, falta de luz difusa, se esfumó como por arte de encantamiento. Sandro Warren acusó la rápida noticia que había variado el curso de la conferencia. Sintió que alguien le tocaba en un hombro y descubrió al autómata gigante instándole a salir de la cámara de sesiones. Volvía al calabozo en espera del nuevo interrogatorio. Comenzó a andar, sin prisa, automáticamente. Su cerebro estaba ocupado entonces por una sola y estruendosa palabra: ¡Radioactividad! Foran Ymo había caído y los efectos se manifestaban de forma innegable. ¡Oh, Dios bendito, si descubrían el origen de las quemaduras destruirían el campamento antes de que Charlie Falk se pusiese en acción!

CAPÍTULO V
¡HOMBRES DE LA TIERRA!

Tal vez había transcurrido una hora. O dos. Quizá tres. En realidad, Sandro no tenía noción del tiempo, ni siquiera aproximada. El ronroneo del purificador de aire, la luz opalescente y la vorágine de pensamientos que ocupaba su mente era todo cuanto de cierto vibraba en torno a él. Formaba parte de su vida. De *toda* su vida presente. Lo demás no contaba. Pero había algo también. Algo indefinible. Un presentimiento, acaso... ¡y de persistente insistencia! Pronto ocurrirían acontecimientos. *Pronto*, repitió su corazón al compás de los latidos.

Por eso, cuando la puerta se deslizó suavemente dando paso a uno de los voluminosos *doguen*, aceptó la visita con frialdad. Tras él, menudo y casi enfermizo, hizo su aparición un hombre. Brillaba una luz sádica en sus pupilas descoloridas y se traslucía la ansiedad, el gozo, en la forma de acariciarse la cuidada barba blanca.

-¡Doctor Koppausen! -exclamó con vehemencia

-El mismo -sonrió Nomo Koppausen-. Pensé que agradecería mi visita.

-Aún no sé a qué obedece.

-Yo se lo diré, capitán. Debo ocuparme de usted... de su cerebro -agregó con melosa amabilidad-. Acompáñeme, por favor. Le aseguro...

-¡Un momento! -atajó Sandro-. ¡No ponga sus manos asesinas sobre mí!

-¿Qué le ocurre? ¿Excitación? Vamos, domine los nervios. Usted no se dará cuenta de nada. Todos mis pacientes se sienten agradecidos después de las intervenciones quirúrgicas. Es como nacer de nuevo, volver a una nueva vida, ¿comprende? Ser joven, pese a la madurez física.

-¿Qué intentan hacer conmigo?

-De momento... nada importante. Después... -Koppausen sonrió empalagosamente-. Todo.

-Todo -repitió Sandro-. ¡Váyase al diablo!

-¿Tiene miedo? Le someteré a un corto cerebroanálisis. ¿No sabe, capitán? Foran Ymo está agonizando. Parece ser que esas quemaduras le han destruido por dentro, además de dañar sus tejidos externos. Muy interesante... Cuando conecte los electrodos en su cabeza, usted responderá a mis preguntas y los secretos mentales que encierra tan celosamente serán transmitidos por vibraciones cerebrales a un pantógrafo. Quedarán escritos en cinta sin fin. Interrogatorio por circuitos electroencefalográficos, ¿comprende? ¡Y nosotros sabremos a qué se debe la enfermedad y la derrota de los *doguen*! ¡El cerebro nunca miente!

-Apártese de mí, doctor... Apártese ¡o le tumbo de un puñetazo!

-Sería un estúpido modo de comportarse. Afronte los hechos.

-¡Todavía puedo razonar como hombre!

-Como prefiera. Lo lamento. Vendrá de todos modos -sin dejar de sonreír, encogiéndose de hombros, ordenó-: ¡Brancalip! ¡Adaguen!

Sandro se puso en guardia al instante. Danzó por la habitación, puños en ristre y ojo avizor. Algo monótono y susurrante anuló el sonido del purificador. La luz opalescente se apagó. Un zumbido ocupó sus oídos y vio... ¡vio el ojo electrónico del robot parpadear en la oscuridad! Fue muy rápido. Posiblemente una doble carga hipnótica. Empezó a comprenderlo cuando ya en su cabeza iba entrando el dulce sopor producido por la hipnosis. Depuso su actitud y obedeció. Cuando logró establecer a medias su agudeza mental se halló caminando obedientemente junto al doctor, y sintiendo -casi físicamente- el poder horripilante del autómata que caminaba en pos de ambos.

-Esto no es nuevo para usted, capitán -murmuró Koppausen-. He tenido que apelar a las dotes de... de mi acompañante. ¿Me escucha bien? ¡Conteste!

La orden del diabólico cirujano fue para él como un golpe de irresistible fuerza propinado en algún órgano vital. Se estremeció.

-Sí... sí, doctor. Le escucho.

-Perdone la brusquedad. Creí que aún estaría adormecido. Ahora podemos hablar libremente. Queda un buen trecho hasta mis dependencias y la charla amenizará el paseo. ¿Se da cuenta de lo maravilloso que es cooperar con nosotros? Advierta su estado. Físicamente sano, puede razonar a pesar de la hipnosis, pero es usted inofensivo, inofensivo como un recién nacido, capitán. ¿Siente curiosidad por algo? Contemple cuanto nos rodea. Está caminando por la ciudad más perfecta del Universo: Ciudad de Colvin. Nada puede compararse con ella.

-Sí, doctor. Es un lugar fantásticamente bello.

-Me encanta oírselo decir. Yo sé que variará de actitud. Podría conseguirlo con persuasión y un tratamiento dosificado de autoeducación. Pero eso requiere tiempo y nuestra tarea ha de realizarse pronto, querido amigo. Es mejor, más eficaz e *infalible* el otro método. Cirugía del cerebro -Koppausen se acarició la barba-. Decían que yo estaba loco. Que debía ser reducido. ¡Pobres imbéciles! Ignoran que un hombre puede variarse a voluntad Es en el cerebro donde reside la grandeza o miseria de sus actos. La inteligencia, las pasiones, el núcleo motor que acciona el resto del cuerpo. Paralice usted ese motor, o desvíelo de sus funciones, y obtendrá un ser distinto, nuevo, mejorado o perjudicado, pero que en nada recordará al anterior. Ya lo comprobará, capitán. He convertido personas incultas en hombres de talento y... -sonrió con felina astucia- portentosas eminencias en despreciables idiotas. El cerebro... ¡He aquí la clave!

-Quisiera hacerle una pregunta, doctor.

-Hable.

-¿Es cierto lo que dijo de Foran Ymo?

-Sí. Lo hemos dejado en el *kollando*... En el hospital -aclaró después-. Apenas vivirá unas horas. Le estamos manteniendo con drogas... mas nadie confía en su curación. No conozco la enfermedad -añadió en tono reflexivo-. Soy un cirujano y corto los males con instrumental. Dígame, capitán: ¿Cómo producen esas quemaduras? ¿Es por medios científicos o simplemente bacteriológicos?

-Lo siento, doctor. Estoy inmovilizado y sujeto a sus caprichos. Pero mientras mi mente siga equilibrada no le revelaré la verdad.

-No importa. Lo sabré dentro de poco. Lo cierto es que experimento una viva curiosidad. Foran admite que no fue atacado por nadie... Eso me intriga.

-¿Qué es aquello? ¿Balsas de agua?

Koppausen siguió conlia vista la indicación del joven. Asiéndole del brazo para moderar el mecánico paso que llevaba, lo aproximó a la barandilla y frenó al robot con una seca palabra. Se hallaban avanzando por una ancha faja de material duro que bordeaba una especie de mirador descomunal. Desde allí podrían ver parte de la ciudad, el cúmulo industrial como le explicó Foran orgullosamente, y dos inmensos embalses de gran altura ofrecían a sus ojos un contenido blancuzco, denso como una bañera ocupada por mercurio, que humeaba.

-Eso que está contemplando es el *maxipalkom*.

-¿Un líquido?

-Una composición que presenta la triple manifestación elemental. Usted lo ve ahora en la fase líquida o de reposo aparente -explicó Koppausen endureciendo la línea de la boca-. El líquido más precioso que se ha inventado jamás. Como tal elemento, puede gasificarse o solidificarse mediante procesos complicadísimos. En las tres calidades no admite rival... ni posiblemente existirá nunca algo capaz de superarlo. Su empleo es el máximo triunfo para 1a. causa de la reconquista. Con el *maxipalkom* somos invencibles.

-¿Qué es? ¿Un combustible?

-No, capitán. Es un arma de destrucción y de muerte. El arma más formidable que puede concebir el género de seres inteligentes. ¡Ríase de las fisiones nucleares y de cuantos ingenios han inventado las criaturas desde que el infinito espacial fue poblado por astros, polvo estelar y habitantes! Una sola gota de *maxipalkom* bastaría para convertir en un cráter la ciudad de Nueva York. Tres gotas destrozarían la Luna, destruyendo la esencial Base terrestre. Media docena, hundirían toda Europa en el océano y un simple chorrito sería suficiente para...

-No puedo creerlo -interrumpió Sandro débilmente.

-¿Por qué? ¿Acaso porque en la Tierra no hay nada comparable en poder destructivo? Créame, capitán. Es cierto cuanto le digo -Koppausen le oprimió un brazo con afecto-. También ha sido inventado por uno de los sabios que los terrestres deportaron de Mercurio. Tendrán que capitular ante nosotros y sufrirán el castigo de su crueldad.

-Ha de existir un medio para anular su poder. ¡Es preciso!

-No veo esa precisión.

-Siempre hubo una contraarma.

-¡Bah! Emplea conceptos terrestres. No hay tal contraarma... de encontrarla seríamos nosotros los afortunados. Ustedes, y al hablarle así incluyo al Imperio Terrestre y sus vastas colonias, jamás llegarían a fabricarla por la simple razón de que desconocen los orígenes del *maxipalkom*. No podrán protegerse contra los bombardeos.

-Ya lo creo que podremos. ¡Apuesto por ello, doctor! Hemos anulado siempre cuantas amenazas se cernieron sobre nosotros. Es más. Vamos delante de sus supersabios en muchas cuestiones.

-¿De veras? Póngame un ejemplo.

-Encantado... ¡Las quemaduras de Foran! ¡Yo estoy protegido contra ellas!

Nomo Koppausen dejó de reír y, de pronto, un rictus de sorpresa crispó sus facciones.

-¡Cierto! -exclamó-. ¡Acabo de comprenderlo, capitán!

-¿Qué es lo que ha comprendido?

-El motivo. Radica... ¡en su traje! ¡Es distinto a todos! ¡Nunca capturamos a un soldado del D.E.I. vestido de esa forma!

Sandro Se mordió los labios. En su afán de contradecir al malvado cirujano acababa de facilitarle un razonamiento tan lógico que no admitía error. Luchando por conseguir que su rostro no descubriese la verdad, replicó foscamente:

-No se trata de eso.

-¡Sí! -gritó Koppausen enloquecido-. ¡Está clarísimo! ¡Va a confesarlo ahora mismo o le administraré un correctivo eléctrico que le dejará paralizado una larga temporada! ¡Quiero su confirmación, capitán!

-¡Déjeme en paz! ¿No puede admitir que se equivoca?

-En este caso, no.

-¡Pues se equivoca!

-¡De acuerdo! ¡No confiese! El *doguen* se encargará de hacerle entrar en razón -se volvió hacia el autómata y ordenó con un rugido-: ¡Salvamark! ¡Duslap!

El zumbido se hizo más persistente y el ojo electrónico, aumentando de luminosidad, parpadeó rápido a velocidad terrible. Algo semejante a garfios ardiendo pareció hundirse en sus muslos y, a su pesar, Sandro dejó escapar

un alarido de dolor. ¡Aquello era superior a todo lo imaginable!

Koppausen sonreía feliz, con el rostro congestionado y las pupilas chispeando de satisfacción. Sandro vio, con la vista nublada por las lágrimas, el gran corpachón pulido que avanzaba hacia él, inexorable. ¿Sería capaz de electrocutarle en medio de irresistibles dolores? Volvió a gritar, retrocedió torpemente, retorciéndose como un epiléptico. ¡No, no podía resistirlo! ¡Hablaría! Alzó el trémulo brazo y movió los labios para empezar a decir que...

No llegó a hablar, porque entonces... ¡Entonces ocurrió el milagro! ¡Lo único que podía ocurrir tratándose de los valientes soldados del *Grupo Diamante*!

-¡Costras sulfúricas! -atronó un vozarrón inconfundible-. ¡Por Dios vivo que hemos llegado en el momento oportuno!

El corazón le dio un brinco en el pecho, tan violento que temió perderlo a causa de la incontenible alegría. ¡La voz amiga y gruñona de Clifford! Lo que aconteció después se deslizó a un ritmo tan vertiginoso que sólo llegó a contemplarlo parcialmente. En primer lugar descubrió, borrosas, una serie de figuras que se movían en torno a ellos trepando por el tramo ascensional más próximo. Koppausen también lo advirtió y ladró secamente órdenes en el incomprensible idioma de Colvin. El robot, girando como una peonza, alzó ambos brazos en actitud defensiva. En aquel momento, taladrando la semipenumbra opalescente, dos conos de luz brotaron del aire y fueron a bañar la erguida cabezota del servomecanismo. Se produjo una paralización en sus movimientos. Sandro dejó de sentir dolor y comprobó que sus músculos obedecían las órdenes del cerebro. ¡Estaba libre de la influencia hipnoticoeléctrica!

-¡Aguarde un segundo, capitán! ¡Vamos a salvarle! -anticipó eufórico el teniente Charlie Falk.

Varios soldados de la patrulla avanzada, provistos de sus correspondientes trajes antirradioactivos, se desparramaron por la franja endurecida con los fusiles atómicos amartillados, copando la salida. La maniobra impedía huir al doctor y a su fiel autómata. Sólo existía un medio de escapar y Nomo Koppausen, con frenesí desesperado saltó hacia atrás animado por el ansia de burlar a sus enemigos. Charlie Falk levantó su pistola.

-¡Quieto! -ordenó Sandro con imperativo tono-. ¡Esa rata es mía!

Zambulléndose hacia adelante igual que un experto nadador, el capitán cayó sobre el fugitivo y le agarró por los hombros en un zarpazo de oso. Koppausen se tambaleó y Sandro, haciéndole girar sobre las puntas de los pies para que diese la cara, barbotó:

-Respetuosamente... ¡ahí va un obsequio personal!

Cerró el puño derecho y le asestó un terrible puñetazo en la barbilla que

le envió de espaldas como un fardo. Esperó en vano la reacción del cirujano, quien quedó inmóvil en el suelo y en la más pacíficas de las actitudes. ¡Aquel obsequio estaba saturado de rabiosa anestesia!

-¡Gracias a Dios, capitán! ¡Creí no encontrarlo vivo!

-¡Rita! -exclamó él con los ojos desorbitados por la sorpresa.

-Qué alegría, señor... ¡Hemos pasado tanto miedo por usted!

-No es preciso que digas nada, chiquilla -sonrió el joven asiéndola por la entallada cintura-. También yo he pasado lo mío y... y creo que debo resarcirme.

-Pe... pero, capitán... ¡Me tutea!

-Por favor, Rita. No nos engañemos. Tómalo, si quieres, como un acto de servicio.

-Co... como se... se atre...

Sandro Warren se atrevió, por supuesto. Haciendo gala de expertos ademanes, aflojó los sujetadores y echó hacia atrás el yelmo vítreo. Rita Ley no salía de su asombro y, tal vez por ello, apenas se esforzó en iniciar un movimiento defensivo. Cuando la realidad se impuso, de forma que hubiese podido replicar adecuadamente, la boca del joven ya se había posado en los jugosos y rojos labios de ella, besándola con la pasión suficiente para evitar sus reproches. Clifford, carraspeando, llamó al orden mientras los soldados y el teniente Falk sonreían con la luminosa candorosidad de un día navideño.

-Gracias, Rita -susurró el capitán al separarse-. Son dulces.

-Yo... yo... -balbuceó la muchacha sonrojándose-. ¿Qué es lo que son dulces? -agregó con curiosidad.

-Tus labios. Estaba seguro de ello. Cuando terminemos esta enojosa aventura tendremos muchas cosas de que hablar. Creo que en realidad empecé a quererte desde el día que me mostré tan duro contigo. Jamás me he arrepentido de mis actos y éste es un síntoma que...

-Un momento, Sandro. ¡Nutrices mecánicas! Acabas de decir la verdad: Antes hay que terminar la aventura.

-Bien, Clifford, no te excites. Estamos llegando al fin. ¿Qué ha sido del robot?

-No pases cuidado por él. Averiguamos bastante en el laboratorio del campamento -explicó-. Tienen un resorte en la cabeza que les deja neutralizados. Y eso es lo que acabamos de hacer. Necesitamos tus informes y tus órdenes. ¡Por cien millones de cefeidas! ¿Cuándo empezamos a repartir palos, muchacho?

-Quiero saber cómo entrasteis aquí. Es una fortaleza inexpugnable. Y bien protegida. ¡Los centinelas....

-¿No lo adivinas? Los cohetopilotos comunicaron a la base que el platillo dorado volaba a velocidad astronómica. Comprendimos, también,

que tu intención era dejarle escapar. Sin embargo, Foran Ymo debió localizar su proximidad y derribó al cohete de Sole Warner antes de que tuviese tiempo de salir pitando. Billy Golden pidió instrucciones e insistimos en que se mantuviese a la expectativa. Seguramente llegó a la conclusión de que no tardaría en correr la misma suerte que Warner y decidió emplear sus últimos minutos de vida en procurarnos una pista indeleble...

-Eso ya lo sé. Lanzó dos proyectiles teledirigidos de *coltenno*... y la heroicidad le costó la vida.

-Pero el sacrificio sirvió, en cambio, para que siguiésemos el rastro hasta aquí. Eso fue lo más desconcertante de todo. Los detectores señalaban *coltenno* en el fondo del mar. Dejamos la astronave inmovilizada por una plataforma de gravedad artificial y descendimos en sub-cámaras acorazadas, por grupos de seis. ¡Nos dejó maravillados el descubrimiento de esta ciudad! Sus compuertas, el abovedado gigantesco, las murallas...

-¡El tiempo apremia, Clifford! ¿Quieres decirme de una vez cómo...?

El robusto astrobiólogo sonrió triunfal. Asintió de un cabezazo y se dio la vuelta para mostrar a Sandro los tubos achatados suspendidos en su espalda. Eran tres, y se hallaban conectados en los extremos inferiores por una triple soldadura de la que partía una manguera de *gomoplástic* provista de un regulador a presión y una pequeña espita metálica!

-¡*Cianógeno*! -dijo Sandro-. ¡Magnífica idea!

-Nuestros tanques están llenos, amigo... ¡y pronto toda la ciudad se verá inundada de nubes venenosas!

-Poseen armas formidables, Clifford. Mira: aquellos embalses contienen un explosivo llamado *maxipalkom* cuyo poder...

-No lo dudo. Nosotros, por el contrario, sólo poseemos *cianógeno*. ¡Lo ideal para una ciudad cerrada! Tal vez no podamos competir con sus armas. Pero, al menos... ¡saturaremos de veneno el ambiente y al mezclarse con el oxígeno atacará sus pulmones. El doctor Morgenston dedujo, que los habitantes han de poseer un sistema pulmonar idéntico al nuestro cuando vio a Foran mediante la pantalla de tu telecomunicador. ¡Fue un gran truco, chico! ¡Recibimos tu mensaje, gracias a la clave ocular!

-Todo eso está muy bien, pero ellos cuentan con máquinas bélicas autómatas...

-¡Para ellas llevamos los fusiles atómicos, granadas de cobalto y ácidos corrosivos de perforar cualquier metal! Ya demostraron su utilidad en otras ocasiones y, concretamente, en el campamento. Vamos, capitán Sandro. ¿Es que has perdido el valor?

El capitán arrugó el entrecejo y negó con firmeza.

-Sé que venceremos, capitán -dijo entonces Rita Ley suavemente-. Lo sé..., querido.

-¡Sexágulos de uranio! ¿Qué más deseas ahora? Piensa en el triunfo... ¡porque has de casarte con ella, cabezota!

-De acuerdo. Atacaremos por sorpresa. ¡Charlie Falk!

-¡A la orden, señor!

-Procúreme un equipo de *cianógeno* y la mascarilla protectora...

-¡Lo traigo aquí, capitán! ¡Yo confiaba en hallarle vivo!

-Conforme. Ayúdeme a ponérmelo. Mientras tanto, oigan mis instrucciones. La ciudad está llena de pasadizos y cámaras aisladoras. Hay que procurar no ser encerrados en ellas. Además, Foran Ymo ha sido atacado por la radioactividad y desesperan de salvarlo. Eso me hace suponer que otras personas se encuentran contaminadas y el peligro de propagación puede llegar a multiplicarse. ¡No se desprendan de sus trajes ni contadores *radiotak* por nada del mundo! Dime, Clifford: ¿Qué ha sido del resto del grupo?

-Esperan la señal. El sargento Whitman utilizará un transmisor de resonancias ultrasónicas para ponerse en contacto conmigo. Nos reuniremos dónde, cómo y cuando tú digas. ¿Alguna objeción?

-Ninguna., astrónomo del diablo. Ya me doy cuenta de que soy un pobre capitán inexperto comparado contigo. ¡Has tomado las medidas justas!

-¡Porque ambos aprendimos en la misma escuela -sonrió Clifford-. ¡Océanos de lava! ¿Quién es el jefe de este imperio submarino?

-Te lo explicaré por el camino...

Un quejido ahogado se escuchó a sus espaldas y el soldado que vigilaba a Nomo Koppausen advirtió:

-Ya vuelve en sí, capitán. ¿Qué hacemos con él?

-Nos servirá de guía. Y también de salvoconducto para franquear los posibles obstáculos. Anímese, doctor. Fue sólo una caricia amistosa.

-¿Qu... qué ocurre? -tartamudeó Koppausen frotándose la dolorida barbilla- Hace un momento alguien me golpeó...

-Ocurre, amigo mío... -replicó Sandro de buen humor-. ¡Que han llegado los hombres de la Tierra! ¡Pronto acabarán con toda esta farsa de manicomio! ¡Palabra de terrestre!

CAPÍTULO VI
¡HURACAN JUSTICIERO!

Sandro tenía una idea y deseaba ponerla en práctica ante todo. Ciudad de Colvin podía ser comparada a una portentosa serpiente y, por lo tanto, resultaría inútil atizarle tajos en la cola. Convenía cercenar su cabeza, dejar paralizados sus anillos trituradores, atajar el mal de raíz. La cabeza que daba vida a la ciudad subacuática era el profesor Darriven H. Colvin. ¡Eliminándolo a él obtendrían el noventa por ciento de probabilidades a su favor! Así lo expuso a sus camaradas después de relatarles someramente la historia de los evadidos de Mercurio, y aquéllos aceptaron el plan sin discusión.

-En marcha, doctor -ordenó-. Usted nos conducirá ante el Gran Libertador.

-No podremos llegar a sus aposentos -advirtió Koppausen-. Hay que atravesar una serie de barreras realmente infranqueables.

-Las atravesaremos... con su ayuda, por supuesto. Nadie pondrá reparos al fiel doctor Koppausen, la feliz eminencia gris del asteroide. Usted conoce los caminos seguros y tendrá que obedecerme. Hemos llegado hasta aquí y nadie nos detendrá. Le va en ello la vida, admirado cerebrólogo. Andando. No amenazo en vano. Si quiere conservarla no le queda otro remedio que someterse.

-No me importa morir.

-De acuerdo. Pero eso no significa ni remotamente que lo desee. Sabe que aún no está todo perdido y mientras existan esperanzas usted se aferrará a la vida con el desenfreno de los cobardes.

-Dice bien, capitán. Aún hay esperanzas. Más de las que usted supone. Confío en hacerle pagar sus bravatas... y sus golpes.

-¡Déjame actuar a mí, Sandro! -rogó Clifford-. ¡Este idiota necesita un poco de...!

-No es necesario, Clifford. El doctor nos va a complacer sin resistencia, ¿verdad? ¡Vamos, aprisa! ¡Llévenos ante el Gran Libertador!

El tono enérgico del joven convenció a Koppausen, quien a causa de los últimos sucesos parecía haber envejecido varios años en pocos minutos. Un soldado le empujó sin contemplaciones y Charlie Falk, amenazador, susurró a su oído:

-Nada me encantaría más que aplastarle, doctor. Siempre he sentido repugnancia por las alimañas.

-Ustedes no...

-¡Basta! -cortó Clifford-. ¡Ya ha oído la orden de Sandro!

Asido por los brazos, Nomo Koppausen inició la marcha que bien podía calificarse de preludio hacia la derrota. Sandro Warren, cuya mano sujetaba

la amorosa diestra de Rita Ley, no perdía detalle ni dejaba de observar atentamente las menores reacciones del cirujano. Era obvio pensar que trataría de tenderles una sucia jugarreta. Avanzaron por la franja hasta llegar a un recodo, del cual partía una escalera rodante.

-Hay que bajar -dijo el prisionero-. Utilizaremos el transportador móvil.

-¿Por qué?

-Es el camino para llegar a los aposentos del Gran Libertador.

-Usted dijo que había grandes dificultades.

-Las hemos sorteado.

-No puedo creerlo -desechó Sandro-. Tal vez ha olvidado que estuve en el salón de sesiones y que allí se encontraba el profesor en su elemento. Para mantener el mito de su sobrenatural poder, le complace recrearse en los ambientes misteriosos, ambiguos, perfectamente preparados de antemano. Si al nombrar sus aposentos privados se refiere a esa serie de aplanados cobertizos que se divisan al otro lado de la escalera rodante, debo decirle que me parece el lugar menos indicado para sus funciones de gran gala. Es un sitio demasiado vulgar.

-Lo es... aparentemente. Sin embargo, quizá no exista en toda la ciudad otro tan sorprendente. Ahí, en esos barracones de cultivo, reside la grandeza, la obra suprema y el futuro poderío de nuestra causa. No son sus aposentos particulares, pero en ellos se pasa la mayor parte del tiempo.

-No le entiendo, compañero -gruñó Clifford-. ¡Movimientos peristálticos! ¿Y tú, Sandro? ¿Ves alguna luz en sus palabras?

-Creo que sí... -afirmó el joven lentamente-. Habla de *barracones de cultivo*... ¡y no conviene olvidar que el profesor Colvin es un genético capaz de lograr mutaciones! ¿Se refiere a eso, doctor?

-Usted lo ha dicho, Warren. Barracones de cultivo es la designación familiar empleada para calificar esos cobertizos, los cuales no son otra cosa que invernaderos atemperados... autoincubadoras como les llamarían en la Tierra. Dentro de ellos imperan los agentes químicos y físicos adecuados para producir las mutaciones. Temperatura, presión, vibraciones ultrasónicas, organismos microscópicos... Colvin y su grupo de colaboradores especiales saben como manejar los genes de cualquier germen vivo... y transformarlo mediante procesos bioquímicos secretos, en una criatura artificialmente creada.

Clifford dejó escapar una incrédula carcajada pero Sandro cortó su risa de una rápida mirada en la que se traslucía la seguridad y la advertencia más alarmante.

-¿Cómo es posible, capitán? -inquirió Charlie Falk al advertirlo-. ¿Usted cree esa sarta de mentiras?

-En efecto, teniente. Estoy convencido. Y no es una mentira, sino la verdad que a lo largo de los milenios ha estado buscando la Ciencia. Una

verdad terrible, sí. Colvin me habló de ello... y también Foran me anticipó algunos detalles. Un millón de *maltosianos* atraviesan ahora por el período de gestación sintética. Se reproducen a razón de mil por unidad. ¡Millones y millones de criaturas procreadas por el genio disparatado de un loco!

-¡Inconcebible! ¿No te parece exagerado?

-No, Rita. El mayor peligro que jamás amenazó al Universo. Por fortuna estamos aquí. Y tenemos el remedio.

-¿Cuál?

-¿Ya no lo recuerdas, cariño? ¡*Cianógeno*! ¡Una rociada bastará para envenenar los genes y anular el proceso de vida! ¡Adelante, muchachos!

-¡Deténganse! -gritó Koppausen histéricamente-. ¿Qué intentan hacer? ¡No pueden destruir el milagro de toda una creación! ¡La nueva especie nacida al calor de los laboratorios...!

-¡Una especie de engendros, elaborada por el peor engendro mental que nació de hembra humana! Vamos, doctor. Usted primero.

-¡No! ¡Me niego a secundar un crimen universal! ¡Ustedes no pueden...!

Sandro le agarró rudamente por la pechera de la camisa, zarandeándole.

-¡Podemos! -aseguró-. ¡E inmediatamente! -lo echó a un lado propinándole un violento empujón y agregó-: ¡Hágase cargo de él, teniente!

-¡Con sumo placer! -replicó Charlie descargando su pesada mano en el hombro del cirujano.

-¡Todos a la escalera rodante! -ordenó Sandro-. ¡Vigilen con cuidado! ¡Presiento sorpresas!

-Sí -rió Clifford-. ¡Las que nosotros vamos a darles!

Arrastrándole materialmente, mientras pretendía oponerse con sus débiles fuerzas, Falk obligó a Nomo Koppausen a saltar. Tras ellos lo hicieron los demás del grupo y todos, confundidos en un pelotón electrizado por la tensión, se dejaron deslizar a lomos de la inquieta cinta rodante. El trayecto duró poco más de diez minutos. Al llegar a las proximidades de una muralla cristalizada que servía de separación a los cobertizos, dejaron el veloz vehículo y se congregaron junto a ella. No se veían puertas, ni orificios, nada que se asemejase a una entrada o sistema de acceso.

-Tendremos que derribarla -dijo Clifford.

-No, el doctor nos facilitará el medio. ¡Hable, Koppausen! ¡Hable o le desintegro de un tiro!

Nomo Koppausen había dominado su febril histeria. Casi -y Sandro tuvo esta certeza- se hallaba irónicamente tranquilo. Descubrió la luz astuta que animaba sus ojos; pero no hizo la menor objeción.

-Una sección se descorrerá cuando articule determinados sonidos.

-¿Cómo lo sabe, capitán?

-Porque debe tratarse de un material idéntico al *tráspoler* con el que

construyen sus naves. La uniformidad en la superficie es muy reveladora.

-Cierto. Es *tráspoler* vitrificado. Me agradan sus agudas observaciones.

-Déjese de alabanzas y pronuncie las palabras adecuadas. ¡Pronto!

-Le complaceré. ¡Valdekon darga! ¡Sindo!

-¡Atentos! -añadió Sandro haciendo la señal a sus hombres para que mantuviesen listas las armas.

En silencio, igual que aconteciera con el dorado platillo tripulado por el ex-patrullero, una porción de la muralla se deslizó, dejando una abertura lo bastante ancha para permitir el paso a una fila de seis hombres codo con codo. Nada ominoso, o simplemente amenazador, Se materializó ante ellos. Todo seguía tranquilo. *Muy tranquilo*. Tanto, que Sandro intentó desechar sus propias dudas. Pero no lo consiguió.

-Usted primero, doctor -dijo.

-¿Qué le ocurre ahora? ¡Ya tienen la entrada! ¡Dejen de torturarme!

-Nadie le tortura. Al contrario; es una cuestión de simple cortesía. ¡Pase!

-¡Yo no quiero entrar ahí!

-¿Por qué?

-Flotan virus malignos en el aire y la atmósfera está saturada de emanaciones químicas. ¡No estoy protegido para afrontarlo...!

-¡He dicho que pase delante! ¡Charlie, hágale entrar!

-¡A la orden!

El dinámico teniente necesitaba bien poco para demostrar su obediencia y persuadió a Koppausen empujándole con fuerza. El cirujano quiso revolverse pero un nuevo empujón le envió a dos pasos de la providencial entrada. Los hombres del grupo se lanzaron en pos de él y varias manos, ávidas, remataron la obra proyectándole dentro del extraño poblado circundado por la muralla vítrea. Koppausen dio un traspié y exhaló un grito apagado. Todo sucedió con la rapidez característica de un relato fantástico. Koppausen perdió el contacto con el suelo... ¡y flotó hacia lo alto!

-¡Cuidado! -barbotó Clifford-. ¡Agárrenlo!

Uno de los soldados acudió en su auxilio y logró aferrarse a una pierna. La fuerza desconocida que tiraba de él hacia arriba era tan poderosa que atrajo a los dos hombres. Sandro abrió los brazos e impidió que alguien más cayese en la trampa.

-¡Rayos magnéticos! -explicó-. Nos atraerán como a insectos si intentamos cruzar el umbral... ¡A menos que destruyamos el difusor!

-¡Allí está! -señaló Rita, indicando una especie de aspirador acaracolado que se mantenía en el aire mediante estabilizadores autónomos.

-¡Déjame tu fusil! ¡Échense atrás!

Sandro apuntó un segundo y disparó un tiro magistral por entre los oscilantes cuerpos que ascendían hacia el difusor magnético. El resultado del proyectil atómico respondió justamente a sus esperanzas y dejó el aparato reducido a fragmentos microscópicos. Al cesar la fuerza de atracción, Koppausen y el soldado se precipitaron al suelo. Por fortuna los hombres tuvieron tiempo de amortiguar el choque y sólo sufrieron ligeras contusiones. Un zumbido intenso, penetrante, sacudió el recinto, llenando de vibraciones sónicas la extensa zona de los barracones de cultivo.

-¿Qué es eso? -indagó Sandro.

-Su... su tiro ha puesto en funcionamiento los sistemas de alarma. ¡Ya es imposible su avance! ¡Los guardianes acudirán y les aplastarán sin piedad!

-Un poco de pelea... ¡al fin! -exclamó Clifford-. ¿Seguimos, Sandro?

-Desde luego. Pero antes ponte en comunicación con Whitman. ¡Diles que empiecen a dosificar con *cianógeno* toda la ciudad! Trata de establecer un punto de referencia y lugar de reunión. ¡Espera!

¡Que alguien se apodere de los embalses de *maxipalkom*!

-Lo haré... aunque creo que un arma tan terrible no sería nunca utilizada aquí dentro. ¡Moriríamos todos!

-Eso no tiene importancia en un demente. ¡Y la pandilla de Colvin no es otra cosa que un rebaño de locos!

Los soldados se distribuyeron inmediatamente por las cercanías de la muralla adoptando posiciones tras los más precarios parapetos, y Clifford, accionando el transmisor de resonancias ultrasónicas, estableció contacto con el grueso de la patrulla capitaneada por Whitman. No fue difícil llegar a un acuerdo, porque los miembros del *Grupo Diamante* sentían verdadero afán por iniciar la guerra relámpago.

-¡Son ustedes unos asesinos! -jadeó Koppausen-.. ¡Exterminarán a los *maltosianos*!

-Muchos caerán, doctor- contestó Sandro-. Usted entre ellos... porque no lleva máscara protectora. Sólo lamento esta medida por los prisioneros capturados y que en virtud de sus artes inhumanas han pasado a la categoría de idiotizados esclavos. Pero deben morir. Su sacrificio evitará la guerra universal que tenían proyectada.

-¡No lograrán sus propósitos! ¡Miren!

Un ejército de autómatas gigantes avanzaba hacia ellos con paso rítmico y los ojos electrónicos parpadeando en la semipenumbra establecida por la luz opalescente. ¡Tenían que actuar antes de que las ondas hipnóticas les esclavizasen con su poder! Ocupaban todo el frente general y llevaban los brazos extendidos, igual que vieron hacer al robot acompañante del doctor. ¡Sus intenciones estaban claras! ¡La misericordia no debía existir ahora en sus cerebros positrónicos!

-¡Charlie! ¡Clifford! ¡Encargaos de las linternas! Hay que inmovilizarlos mientras los destruimos con las balas atómicas.

La defensa había sido perfectamente organizada en pocos instantes. De los quince o veinte *doguen* que marchaban en cabeza surgieron rayos azules y dos soldados que permanecían en pie, fascinados por el subyugante espectáculo, se retorcieron espasmódicamente, sufrieron un estallido suave y se volatilizaron al convertirse en espeso humo orgánico. ¡Aquellos rayos eran capaces de fundir la materia humana en una incineración dantesca!

Clifford y el teniente, acuciados por las secas órdenes de Sandro, entraron en acción y los haces de luz de sus linternas bañaron a la primera línea de vanguardia. Los efectos se apreciaron instantáneamente. De nuevo la influencia terrible de la luz sobre sus resortes prohibitivos causó el desconcierto y la paralización en los soldados mecánicos. La primera fila se inmovilizó, siendo empujada por las que llegaban detrás. A pesar de su descomunal tamaño causaban la impresión de un grotesco ejército de figurillas de plomo barridas por la mano juguetona de un chiquillo travieso. Sandro, los cuatro exploradores supervivientes y la hermosa Rita Ley, apoyando una rodilla en el suelo, alzaron sus fusiles y cerraron los índices en torno al disparador.

-¡Fuego! -ordenó-. ¡Doble andanada!

Las explosiones atómicas desintegraron el frente mecanizado y abrieron un ancho boquete en la compacta masa enemiga. El metal se derritió enseguida y los destrozos causados desorganizaron el ataque, imponiendo un desbarajuste que los ingenieros que gobernaban los controles a distancia de los *doguen* no acertarían a comprender. Los despojos chorreantes sembraron el suelo y las linternas iluminaron ahora la segunda fila que agitaba en oleadas a los autómatas.

-¡Fuego! -repitió Sandro-. ¡Tirad a los lados!

De esta forma atajaron la maniobra envolvente que sin duda se proponían realizar y el crujir de los cuerpos al desintegrarse adquirió sonoridades casi humanizadas. La primera y gran batalla del átomo destructor contra las huestes hipnóticas del asteroide estaba ganada. Quedaban en pie media docena de torpes artefactos, los cuales se replegaban con precipitada rapidez. ¡Retrocedían! Sandro varió de posición y manejó el fusil varias veces seguidas. La cabeza de uno voló materialmente por los aires reducida a la nada. Otro de los tiros segó las piernas del más próximo y abrió un hueco pavoroso en el tronco del que avanzaba detrás. Los instrumentos robóticos de precisión quedaron al descubierto y el *doguen* se tambaleó igual que un beodo, terminando por caer de bruces al suelo y explotar en un volcánico surtidor anaranjado.

-¡No! ¡No! -gritó Koppausen con los abrasantes ojos casi fuera de las

órbitas-. ¡No es posible que retrocedan los invencibles soldados de la libertad!

-¡Cállese, viejo loco! -espetó Falk-. Los únicos soldados invencibles del Universo... ¡Son los hombres de la Tierra! ¿Algo más, capitán? Esto ha concluido.

-¡Adelante! Preparen los equipos de *cianógeno*. Vamos a secundar la labor del grupo de Whitman... ¡cruzando la zona de cultivo!

Nomo Koppausen demostró entonces lo acertado del veredicto que le condenó a reclusión en Mercurio. Como sus restantes compañeros había perdido la razón y sólo la ciega fe en el triunfo permitió cierto equilibrio temporal en su cerebro. La magnitud del fracaso sufrido le conmocionó mentalmente y desasiéndose de las manos que le sujetaban, echó a correr hacia los humeantes despojos sin dejar de gritar igual que un poseso. Clifford apagó la linterna y se dispuso a salir en su persecución.

-Déjalo -recomendó Sandro-. Ha sufrido un ataque.

-¡Centellas coloidales! ¡Puede avisar a los demás!

-Están avisados de sobra -replicó su amigo reteniéndole del brazo-. Olvídate de él y de los restantes humanos que habitan la ciudad. No conocen el remedio contra las nubes de *cianógeno* y caerán como moscas. Koppausen ha firmado su sentencia de muerte al separarse de nosotros. ¡Adelante, muchachos! ¡Irrigación general!

El *cianógeno* era el veneno más activo salido de los laboratorios secretos del D.E.I.[3]. Sólo había sido empleado en dos ocasiones anteriores y por la rapidez dañina de su difusión las zonas gasificadas perdieron todo vestigio de vida animal y vegetal. Se convirtieron en un territorio yermo, estéril, improductivo para siempre. Nada podía oponerse a su expansión y decisiva influencia letal, excepto las mascarillas cuyo invento constituía un secreto de inmenso valor militar para la Tierra y sus colonias amigas. La muerte por envenenamiento cianogénico era, también, la más espantosa de las conocidas, puesto que atacaba el sistema respiratorio y el cardíaco con cegadora rapidez.

Cuando el reducido pelotón avanzó a saltos y abrieron las espitas, dejando que los rojos chorros fluyesen libremente, el aire se enturbió con celeridad increíble. En pocos segundos rebasó la muralla, inundó las calles abiertas entre cobertizo y cobertizo, y desbordóse fuera del recinto vagando hacia la franja que dejaron atrás. Nomo Koppausen dejó de gritar y cayó fulminado al alcanzarle los pegajosos jirones del gas. Al pasar por su lado le echaron una ojeada breve. Arrugado, marchito y violáceo, el gran cerebrólogo del asteroide maldito era sólo un cadáver risible, sarcástica parodia del hombre que tanto blasonó y tan inútil fue su labor médica. Sandro no pudo evitar un sentimiento de piedad hacia él y tuvo que recordar los sagrados deberes que le impulsaban a utilizar el *cianógeno* en

aras de una causa tan justa como el exterminio de la locura que los evadidos de Mercurio pretendían cometer con el Universo.

-¡Venga aquí, capitán! -dijo Charlie-. Fíjese en esta especie de larvas desconocidas!

El teniente acababa de echar abajo la puerta de uno de los barracones de cultivo y los presentes pudieron contemplar a satisfacción lo que ocurría dentro de él. Una serie de anchos cañizos mantenían en reposo cientos y cientos de menudos capullos amarillentos. En el suelo, víctima del envenenamiento, había un marciano ataviado con un traje a la usanza antigua, es decir, gorro blanco, guardapolvos y zapatos de fieltro. Sandro dedujo que debía tratarse del equipo para la permanencia en la zona productora. El ambiente se veía impregnado de un suave tono pálido, dorado, como producto de una polinización vegetal, el cual, al mezclarse con los gases de *cianógeno*, adquirió un tinte verde-azulado.

-Esas larvas no son otra cosa que los *maltosianos* en estado de gestación -adivinó Sandro-. Fíjese como tiemblan. Puedo asegurarle que están agonizando, Charlie.

-¡Es horrible, querido! -musitó Rita.

-Pero necesario. Estamos salvando al espacio poblado de la guerra. Sigamos; no podemos perder tiempo. Además... este espectáculo posee algo repelente.

-En nuestro acto existe un eximente de la culpabilidad en que hemos incurrido. Algún día la Historia. Espacial hablará del *Grupo Diamante*. Y no será para considerarnos asesinos, sino agentes justicieros de un movimiento masacrista encaminado a destruir los mundos civilizados.

Los implacables tubos de *cianógeno* siguieron rociando el campo genético de cultivos y sembrando la destrucción en las mutaciones artificiales que con el tiempo hubiesen llegado a constituir la plaga homicida del Ejército Libertador. Por dondequiera que atravesaban, las huellas de exterminio eran tan elocuentes que erizaban los cabellos. Descubrieron, también, gran número de cadáveres -el escogido grupo de bioquímicos al servicio del profesor Colvin- los cuales fueron víctimas del gas invencible. Lo más notable del caso era la heterogeneidad de su naturaleza orgánica. Marcianos, terrestres, especímenes y criaturas astrales capturadas y convertidas en adictas a causa de las trepanaciones cerebrales, yacían desparramadas por doquier, heridas de muerte mientras atendían a sus infrahumanas labores, junto a los cañizos aclimatados donde se retorcían los agonizantes capullos. El Gran Libertador no empleaba entes robóticos en su trabajo. Quizá porque comprendía, pese a sus sacrilegios, que nada hay tan perfecto como la obra de Dios.

Nomo Koppausen no había mentido en aquella ocasión; posiblemente se hallaba tan ensoberbecido por el poderío de Colvin, que creía imposible

el triunfo de los terrestres. El extraordinario genético fue encontrado por Clifford al salvar una especie de secaderos térmicos ocupados ahora por larvas en estado de madurez, también envenenadas. Descansaba boca arriba, desplomado, y había en sus ojos abiertos una expresión de suprema locura, de alucinamiento espantoso, que revelaba, pese al desequilibrio mental, un atisbo de sublime orgullo.

-Es Darriven H. Colvin -identificó Sandro-. Míralo, Clifford. Miradlo vosotros también. Nunca habréis tenido la ocasión de contemplar un hombre más notable y, al mismo tiempo, más aborrecido por todos. Ha pecado y ojalá la muerte sea la expiación de sus monstruosas culpas. Deseó igualarse al Sumo Hacedor. Que Él tenga piedad de su alma y le juzgue con la inefable benevolencia de su misericordia divina. *Requiescat in pace*.

El breve epitafio cerraba la siniestra pesadilla vivida por los hombres del Departamento de Exploraciones Interplanetarias. No tropezaron en su camino con un solo autómata enviado para agredirles. Vieron algunos, desde luego, pero en completa pasividad, quietos, faltos de la energía suministrada a distancia que les convertía en fidelísimos soldados. Prácticamente, la guerra había terminado. Y les cabía la enorme gloria de saberse los vencedores en una sola y despiadada batalla.

-La explicación es sencilla -dijo Sandro-. La tenemos ahí delante frente a nosotros -señaló las nubes rojas que llegaban por el ala sur del campo y añadió-: El grupo de Whitman ha gasificado la ciudad y las masas de *cianógeno* acaban de encontrarse con las producidas por nosotros. Todos los prisioneros del Gran Libertador han sufrido las consecuencias al respirar el oxígeno mezclado con el gas mortal. Los centros de energía están paralizados. Ciudad de Colvin, la población subacuática modelo en su género, aún posee miles de soldados mecánicos, armas poderosísimas y medios de defensa archiprobados ; pero sus moradores, los únicos que podían accionar tan colosales instalaciones, yacen desparramados al pie de los controles que nunca volverán a manejar.

-Tienes razón, muchacho. ¡Por una tonelada de átomos monoclorados! Whitman me hace la señal de comunicación. Ya supongo lo que va a decirme. ¡Después de su hazaña tendré que regalarle una armónica con incrustaciones de platino... mal que me pese!

El transmisor de resonancias ultrasónicas informó que los expedicionarios habían eliminado la guarida de enemigos, y que aguardaban la reunión en los embalses de *maxipalkom* líquido. La OPERACIÓN VENGANZA, como había sido designada oficialmente por la milicia terráquea, estaba coronada por el más estruendoso éxito. Habían sufrido cuatro bajas, aunque los leales camaradas de Sandro seguían en perfecto estado. Fue Morgenston, el batallador doctor del *Grupo Diamante*, quien ocupó el transmisor del sargento Whitman al terminar éste su

informe y manifestó:

-Felicidades a todos, Clifford. Dile a Sandro que el material recogido en las investigaciones realizadas hasta ahora es sorprendente. El coronel Morrow se sentirá muy feliz cuando regresemos a la Base Lunar con los archivos del gabinete gubernamental. Han sido reconocidos algunos cadáveres, y entre ellos figuran los de científicos expulsados de la Tierra por su desmedida ambición. No obstante, es extraordinario el resultado de muchos de sus trabajos. Poseían inventos tras cuya consecución llevamos nosotros varios siglos.

-Se lo diré... aunque creo que Sandro ya conoce esos pormenores. ¿Algo más?

-Sí. Felicita también a Rita Ley. Dile... dile que todos deseamos que sea muy dichosa con ese testarudo capitán. ¡Hasta luego, Clifford! ¡Os aguardamos impacientes por conocer vuestras noticias!

-Muy bien. Cierro.

Clifford, sonriendo, dejó el manipulador y se volvió hacia Sandro. Intentaba trasmitirle las gozosas expresiones que Morgenston hacía en nombre de Donald, Edwards, Lawrence y los restantes miembros de la famosa cuadrilla expedicionaria. No lo encontró y en su lugar, sonriendo también, halló a Charlie Falk que jugueteaba con la manguera de su equipo de *cianógeno*.

-¡Eh! ¿Dónde se ha metido el capitán? -preguntó.

-Tiene trabajo -replicó Charlie ambiguamente.

-¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo si hemos acabado la lucha? He de decirle que...,

-Temo que ahora no le agradará ser interrumpido. Está muy ocupado.

-¡Al diablo con sus preocupaciones! Me parece que...

-No se preocupe por el soldado Ley -añadió el teniente con ligera mofa-. Le ayuda en sus ocupaciones. ¿Comprende lo que le quiero decir?

-¡Vaya si lo comprendo! -rezongó el astrobiólogo enganchando el transmisor en el soporte que pendía de su cinto-. ¡Oomicetos cilíndricos! ¡Creo que pronto iremos de boda!

-¿Piensa casarse?

Un resoplido estruendoso fue la respuesta. Luego, repitiendo la alegre sonrisa y mirando a los soldados de la patrulla con aire de cómica complicidad, terminó:

-Apuesto a que consideran esta ciudad envenenada el lugar ideal para una luna de miel. ¡Ese Sandro es incorregible! ¡Tendré que darle muchos consejos a la inocente Rita Ley! Bueno, chicos. Emprendamos el regreso. Nuestros amigos están impacientes por abrazarnos y... y...

-Diga, señor -apremió Falk.

-Y supongo que a Sandro no le importará quedarse un tanto rezagado...

para cuidar debidamente de su adorada.

FIN

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1 en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11.—La Abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos Mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el Mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
28.—Destructores de mundos, *Alf Regaldie.*
29.—D-3 Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*

38.—Los hombres de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva Patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres-planta, *G. H. White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Wnters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Grandson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*

OPERACION CEFEIDA

escrita por el

PROFESOR HASLEY

seudónimo tras el que se oculta un especialista en física teórica, cuyas novelas han alcanzado un primerísimo lugar entre los lectores anglosajones.

OPERACION CEFEIDA

es el relato maravilloso con el que debuta este escritor en nuestra colección y en el que, junto a la más excitante fantasía, se exponen las bases científicas de la acción con claridad e interés inigualados.

OPERACION CEFEIDA

del

PROFESOR HASLEY

es la extraordinaria obra futurista para cuya publicación esta Editorial no ha regateado esfuerzo, presentándola en el próximo número de

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **5** *pesetas*

Notas

[←1]

La acción de esta novela se inicia en *Fymo, nuevo mundo*, y en *Tierra de enigmas*, números anteriores de la colección. Recomendamos su lectura por ser éste el último episodio de las portentosas hazañas del *Grupo Diamante*.

[←2]

Advertimos al lector que Foran Ymo es un antiguo amigo de Sandro y accidental descubridor del asteroide. Por circunstancias que ya han sido aclaradas en las novelas anteriormente indicadas, hace meses que fue dado muerto.

[←3]

El *cianógeno* ya existe.